

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 30

17 Marzo 1926

EDICIÓN CORRIENTE

50 céntimos



PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.

Ed. Saturnino Calleja

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.

M U J E R

REVISTA DEL MUNDO Y DE LA MODA

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA

Y SUSCRICIONES AL

APARTADO 447

M A D R I D

PUBLICA DOS EDICIONES

DE LUJO: NÚMERO. 1 PESETA

CORRIENTE: NÚMERO, 50 CÉNTIMOS

Y UN SUPLEMENTO SEMANAL

EL SUPLEMENTO NO SE VENDE SUELTO

PRECIOS DE LA REVISTA CON SUPLEMENTO

EDICIÓN DE LUJO: Número, 1,30 pesetas.

EDICIÓN CORRIENTE: Número, 80 céntimos.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

CON SUPLEMENTO

SIN SUPLEMENTO

	CON SUPLEMENTO		SIN SUPLEMENTO	
	LUJO Pesetas	CORRIENTE Pesetas	LUJO Pesetas	CORRIENTE Pesetas
Año.....	60,—	37,—	48,—	23,—
Semestre..	31,—	19,—	25,—	12,—
Trimestre..	16,—	10,—	12,50	6,—
Mes.....	5,25	3,25	4,—	2,—

Las suscripciones por mes sólo se admiten en Madrid, Barcelona, Sevilla y Santander.

PLATERÍA Y JOYERÍA D. GARCÍA

ORFEBRE DE  LA REAL CASA



ARTÍSTICOS Y MARAVILLOSOS OBJETOS PARA REGALOS

ALMACENES Y DESPACHO:

SAL, NÚMEROS 2 AL 8, Y ESPARTEROS, 16 Y 18

FÁBRICA: FERRAZ, 17

TELÉFONO 22-41-M



Cualquier defecto, sea en el rostro o en el cuerpo,

desaparecerá radicalmente usando los

PREPARADOS DE BELLEZA NORTEAMERICANOS de MILLAT

de fama y garantía absoluta.

N.º		Ptas.
1	Para disimular y hacer desaparecer las marcas de viruela..	8
2	Para destruir el pelo o vello radicalmente.....	8
3	Contra la rubicundez de cara, brazos y escote.....	8
4	Para reducir los tobillos muy voluminosos.....	8
5	Contra las verrugas y los lunares.....	8
6	Para hacer desaparecer las pecas.....	8
7	Loción para blanquear y herosear el cutis.....	8
8	Contra el cutis áspero y seco (lo suaviza y embellece).....	8
9	Para suavizar y embellecer el cutis ardiente e irritable.....	8
10	Para dar brillo y fascinación a la mirada.....	8
11	Contra las manchas de la piel.....	8
12	Contra los juanetes, durezas y calosidades de los pies....	8
13	Para desarrollar las pestañas.....	8
14	Para modelar, dar bella forma y endurecer los pechos.....	10
15	Contra los puntos negros de la nariz y la cara.....	8
16	Para dar al globo del ojo un blanco azulado natural.....	8
17	Contra los orzuelos e inflamación de los párpados.....	8
18	Para poblar las cejas poco espesas.....	8
19	Para dar brillo encantador a las uñas (muy permanente)...	5
20	Barritas para sombrear párpados en negro o azul.....	2
21	Para dar al cabello un color castaño claro pajizo (gran moda).....	8
22	Contra el cutis luciente o grasoso.....	8
23	Para dar color y frescura a las mejillas.....	2,50
24	Para rizar permanentemente el cabello.....	8
25	Para embellecer el cuello y el escote.....	8
26	Para ondular el cabello.....	8
27	Contra las arrugas.....	8
28	Pasta dentífrica blanca (en tubos).....	2
29	Pasta dentífrica carmin (colorea labios y encías).....	2
30	Contra el mal aliento y las caries de los dientes.....	8
31	Contra los granos y rojeces de la piel.....	8
32	Polvos puros de arroz para el cutis.....	caja 3,50
33	Carmin líquido para herosear los labios.....	3
34	Contra las grietas de los labios.....	3
35	Contra la obesidad (sales para 6 baños).....	8
36	Contra la delgadez (sales para 6 baños).....	8
37	Para teñir y hacer desaparecer las canas.....	8
38	Para dar al cabello un hermoso color rubio oro.....	8
39	Para detener la caída del cabello y reforzarlo.....	8
40	Contra el sudor de manos, pies y sobacos.....	8
41	Para corregir y perfilar las cejas (depilatorio).....	8
42	Lápices para pintar y dar realce a las cejas.....	2
43	Loción para conservar siempre hermosa cabellera.....	8
44	Brillantina heroseadora del cabello.....	5
45	Contra los sabañones de pies y manos.....	3
46	Contra las grasas y carnes flojas.....	15
47	Para llenar, contornear y embellecer las formas.....	15
48	Crema para blanquear y perfumar el cuerpo.....	20
49	Loción para fijar los polvos al cutis.....	5
50	Combinación especial para herosear.....	8
51	Barniz para herosear y dar realce al párpado superior....	5
52	Esmalte porcelana para el cutis (blanco).....	8
53	Esmalte porcelana para el cutis (rosa).....	8
54	Esmalte porcelana para el cutis (morisco).....	8
55	Pasta para ennegrecer y alargar las pestañas.....	3,50
56	Esmalte porcelana para el cutis (natural).....	8
57	Esmalte porcelana para el cutis (rachel).....	8
58	Agua de Colonia mentolada para fricciones.....	8

DE VENTA EN BARCELONA Y MADRID EN LAS BUENAS
PERFUMERÍAS

Enviando el importe en sellos de correo o giro postal mas 0,50 para gastos de envío a **MILLAT**, Apartado de Correos 541, BARCELONA, los recibirá certificados en su propio domicilio.

DEPOSITARIO EN MADRID: **CASA CINTO**.—RUIZ, 18

VALE por una caja grande de polvos de arroz norteamericanos, superiores para el cutis, en color....., que ruego remitan a la dirección adjunta por correo certificado, para lo cual envío pesetas **1,85** en sellos de correo.

Remita este vale a **Especialidades MILLAT**.

Apartado de Correos núm. 541.—BARCELONA.

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

17 Marzo 1926

EDICIÓN DE LUJO

NÚMERO: **UNA PESETA.**

CON SUPLEMENTO

Número: 1,30 Pesetas.

DIRECTOR:

RAFAEL CALLEJA

DIRECTORA DE LA MODA:

MADAME MARTINE RENIER

Redactora-jefe de la Moda en FÉMINA, de París

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES POR LA

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A.

Redacción y suscripciones: Cierre y talleres:

M A D R I D SAN SEBASTIÁN

Año II.—Núm. 30

EDICIÓN CORRIENTE

NÚMERO: **50 CÉNTIMOS.**

CON SUPLEMENTO

Número: **80 Céntimos.**



Foto. CALVACHE.

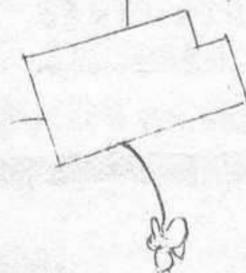
La Marquesa de Paula

En la marquesita de Paula, hija de los duques del Infantado, predomina esa condición característica de una raza privilegiada: la inteligencia. Una inteligencia que diríase irradia luz desde su frente pura para iluminar este lindo perfil, todo juventud y gracia.

F. M.



Visitas de mujer



Margarita Crespi de Valladares



UNA amplia estancia, entre recibimiento y hall, butacones profundos, anchos divanes, banquetas mullidas, cojines de plata, paredes blancas, cortinones de terciopelo oscuro; a través de los visillos de gasa violeta de unas anchas puertas de cristal, se vislumbra un salón. Penumbra... Una doncella enciende una lámpara de pie, y la luz tamizada por la pantalla de muselina multicolor ilumina unos objetos de plata sobre una mesita...

Se abre una puerta: nombre de flor, cara de angel, mirada tímida de colegiala, Margarita de Vega de Boecillo ha entrado y, sonriente, me tiende una mano.

Se sienta y murmura:

—La verdad, estoy azorada, porque esto de una interviú...

Y su actitud toda corrobora de tal modo estas palabras, que me apresuro a poner en juego mi astucia y mi hipocresía profesionales:

—¡Pero si esto no es una interviú! Si a mí lo que me interesa, más que nada, es que me hable usted un poco de su deporte predilecto...

—¿La equitación?

—¡Claro está! Porque ya sé que el *tennis*...

—¡Oh! ¡El *tennis* es tan vulgar!



—Y el golf...
 —¡No lo he jugado en mi vida!
 —En cambio, la equitación...
 —¡Esa, sí, me entusiasma! —exclama Margarita, ya confiada.

—¿Qué opina usted de la nueva manera de montar a horcajadas y con pantalones, adoptada por muchas extranjeras?

Esboza un mohín encantador de reprobación discreta:

—Yo monto y montaré siempre como mujer.

—¿Aquí tendrá usted pocas ocasiones de montar?

—No lo crea; voy con mucha frecuencia a la Casa de Campo.

—Sin embargo, en verano, en sus magníficas posesiones, por Galicia...

—Sí, allí casi me paso la vida a caballo; veraneamos, sobre todo, en el castillo que mi abuela, la condesa de Peña Ramiro, posee en Villafranca del Bierzo.

—Por lo que veo, los demás deportes no le hacen mucha gracia, pero supongo que no incluirá usted entre ellos el baile.

—Bailar me gusta, sí, pero de una manera muy moderada. ¡Además, se dan ahora en Madrid tan pocas fiestas! Ya ve usted, en lo que va de año, solamente he bailado una vez, en la boda de Rosita Alvarez de las Asturias, que se ha casado con un chico de Perales.

—Quedan los tés del Ritz, del Palace...

—Sí, pero allí hay que ir en pandilla, y de todos modos, como distracción, prefiero, por ejemplo, el teatro.

—¿Como espectadora o como actriz?

—¡Si yo no he trabajado nunca!

—¿Acaso por criterio, o por timidez?

—Sencillamente, porque no se me ha presentado nunca la ocasión, y tampoco sé si serviría. Pero, para verlo, el teatro me encanta.

—¿De qué género?

—De todos: música, verso, drama, comedia; quizá tenga alguna preferencia por las obras serias, pero es porque creo que las cómicas, para que tengan verdadera gracia, tienen que ser muy buenas.

—Muy bien observado; lo cómico es, en efecto, bastante más difícil que lo dramático. Y ¿a qué teatros suele acudir con más frecuencia?

—A casi todos, voy a menudo; hemos tenido este invierno en Madrid muy buenas compañías. Una de las que más me han gustado, ha sido la del Infanta Beatriz. ¡Qué teatro más mono! ¡Y qué guapa y elegante es Irene López Heredia!

—¿Quedamos en que su distracción predilecta es el teatro?

—Y la lectura.

—¡Ah! ¿Lee usted mucho?

—Cuanto puedo... y cuanto me dejan

—¿En qué idiomas?

—En inglés, algo; las novelas inglesas me gustan menos que las francesas. En francés, bastante; pero, sobre todo, en español.

—¡Cosa extraña! Nuestros autores no suelen ser santos de la devoción de las muchachas.

—A mí me gustan más que ninguno, sobre todo, Alarcón y Palacio Valdés.

—¿Y de autores franceses?

—Loti.

Y explica:

—Me agradan sus libros por su parte literaria, naturalmente, pero más aún porque son de viajes y viajar es mi pasión.

—¿Ha viajado usted mucho?

—He estado en Francia, en Suiza, en Munich, he recorrido toda Italia, Venecia, Roma, Florencia..., he estado en Marruecos.

—¿Entonces, seguramente conocerá usted a Cristina Navarro?

—¡Ya lo creo! Y la conozco como pocos, puesto que he podido apreciar lo que vale, allí, en el hospital, y comprobar su abnegación, su laboriosidad.

Yo, que he tenido hace poco el gusto de publicar en estas mismas páginas una visita a la hija del Barón de Casa Davalillos, oigo con doble agrado estos elogios, indicios de un alma exquisita, que sabe apreciar y ponderar el mérito ajeno.

—Ahora, voy a hacerle a usted la preguntita de siempre...

La señorita Crespi de Valldaura ha leído las «visitas» anteriores, y me ataja con una sonrisa.

—Si tuviera que ganarme la vida —dice— pondría probablemente una tienda de objetos de arte.

Me levanto y, al despedirme, abuso de la adorable docilidad de mi interlocutora para hacerle una última pregunta:

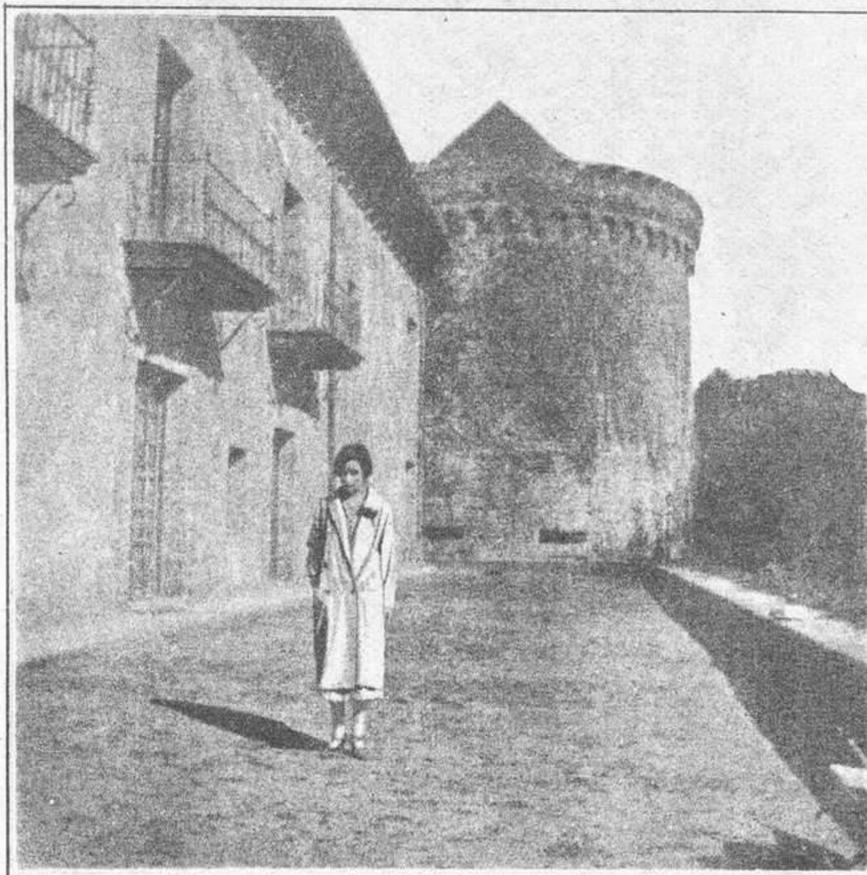
—Usted que ha viajado bastante, dígame: ¿En qué país extranjero le gustaría más vivir?

Contesta sin vacilar:

—En Italia.

—¿Sin duda, por sus recuerdos históricos y artísticos y sus paisajes?

—Un poco por todo eso, sí..., y mucho porque es, de todos, el que más se parece a España —contesta con sincero fervor patriótico la gentilísima descendiente de los condes de Orgaz.



Junto a la maciza belleza del histórico castillo de la condesa de Peña Ramiro (en Villafranca del Bierzo), se destaca formando un contraste pintoresco con las viejas piedras de los torreones, la fina y juvenil silueta de Margarita de Vega de Boecillo.



UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"

*¿Cuál es a juicio de usted el mayor defecto de la vida actual?
Y ¿cuál su mayor encanto?*



Concha Espina

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

El arribismo. Este adjetivo, tan moderno, trae aparejados una impaciencia cobarde; la ramplona ambición de lograrlo todo, por senderos clandestinos, sin arrogancia noble, sin alto ideal. Y este vicio nuevo es el que llena las calles de prisas absurdas, y la existencia, de arrebatos, empujones y gritos, que

no conducen a nada seguro, fuerte y perdurable, y que sólo consiguen entorpecer los verdaderos caminos de la civilización.

Y ¿cuál su mayor encanto?

El sustraerse a esa enfermiza ansiedad del *arribismo*, con el anhelo más hondo y puro de arribar a alguna orilla duradera.

Concha Espina



¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

El poco amor a las Bellas Artes. Contribuye no poco, esas campañas que se hacen de continuo aplaudiendo muchas obras que llaman «Arte de Vanguardia»; así debiera llamarse hoy al admirable arte rupestre, 15.000 años antes de J. C. A mi entender, en Arte no hay ni viejo ni nuevo; esa Vanguardia, para mí no es más que el síntoma de una espantosa decadencia, causando no pocas víctimas, desorientando a muchos jóvenes artistas, y a los que no tienen tesón bastante, confianza en sí, o verdadera independencia en su manera de ver y de pensar.

La época actual es práctica y materialista; de ahí el contraste entre aquellas catedrales construídas con verdadero derroche de arte y de riqueza en siglos pasados, con las inmensas fábricas que hoy se edifican, con los suntuosos palacios de piedra y mármoles, decorados por Miguel Angel o Tiépolo, con los palacios y rascacielos de hierro y hormigón armado, que no resistirán tres generaciones.

También se busca en vano el arte decorativo que caracterice nuestra época, imposible de encontrar; pues no se puede aplicar arte alguno a un frac, a un simón, tranvía, automóvil, etc., etc., que es lo que caracteriza a la vida moderna, con la casaca, peluca y espadín, litera, carroza y portada barroca característica de los pasados tiempos.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Estos serían incontables en todos los órdenes de la vida actual; pero como artista sólo he de señalar dos: el automóvil y el cinematógrafo. Con el primero se puede decir que «el mundo es un pañuelo». Se viven ocho o diez vidas más que antiguamente; en lo que antes se empleaban quince días hoy se hace en pocas

horas. El artista o aficionado que quiera recrear su espíritu visitando museos, ciudades históricas, y las mil bellezas de la Naturaleza, con poco dinero lo puede conseguir. El turismo hace que las monedas lleguen hasta los pueblos más apartados, si saben comprender sus intereses, defendiendo y conservando sus monumentos y arte, como renta de las más seguras en la actualidad.

La Prensa y Revistas extienden por todo el mundo la cultura, y se levanta airada cuando se va a cometer algún atentado artístico por ignorancia o por lucro. El cinematógrafo, por módicos precios, hace disfrutar e ilustra a los más humildes, presenciando composiciones de un arte exquisito, hechas por los más grandes actores, y con irreprochable verdad histórica cuando el asunto lo requiere, y escenas típicas de los más lejanos países como si los tuvieran presentes.

La higiene ha hecho desaparecer aquellas pestes y cóleras que asolaban los pueblos, consecuencia por la cual es mayor el término medio de la vida.

Los deportes hacen fuertes y ágiles a los jóvenes, incluso el valor; los aviadores, combatiendo a mil metros de altura, sin esperanza de salvación, son dignos compañeros de los héroes más grandes de la Historia. Hemos tenido, sin embargo, un precursor, aunque en un loco, cuando Don Quijote, montado en el Clavileño se creyó a cientos de leguas sobre la tierra; en su conciencia, demostró tener un gran valor y el más sereno corazón.



Foto. Kaulak.

J. Moreno Carbonero

J. Moreno Carbonero



EL ARTE DE NO DECIR NADA

Por carretera.

Cuando llegue al término de este viaje y me pregunten que cómo he venido, podré contestar con la misma expresión que uno de esos muchachos que hacen feria matinal de calcetines a rayas horizontales en los puestos de refrescos de la Castellana:

—He venido «por carretera».

¡Por carretera! Los seis cilindros del potente automóvil cantan su canción uniforme y monótona. Al volante va ella, con un breve sombrero de piel que se remanga por delante y recuerda el del «lobo marino» que anuncia el hígado de bacalao. Unas enormes gafas, que se adhieren al rostro por dos aros de terciopelo, y un abrigo, también de piel, completan el indumento de nuestro conductor. Yo voy en el asiento de al lado y contemplo, no sin cierto temor, como las manitas de mujer, dentro de los gruesos guantes con manopla, se agarran a la circunferencia en madera que rige la dirección del camino. En el asiento de atrás, cómodamente instalado, va el mecánico con dos maletas a sus pies.

La cinta blanca de la carretera se abre en línea recta hasta perderse en el horizonte. Uno de los piececitos que viajan a mi lado pisa el pedal del acelerador. Yo vuelvo un ojo instintivo hacia el cuenta-kilómetros: 80..., 85..., 90..., 95..., 100... Cuando la cintita oscilante va a llegar al 105 me creo en el derecho de intervenir:

—Ya está bien —digo—. Supongo que no intentará usted *batir* ningún *record*.

No me contestan. El viento zumba en mis oídos la canción de la velocidad, y los postes del telégrafo huyen —ejército alineado— en vergonzosa fuga. Atravesamos un pueblo en exhalación. Huele a paja quemada y unas gallinas abren y baten vanamente, con un desprendimiento de plumas, el abanico de sus alas. La carretera otra vez. En el horizonte —campanario de iglesia que vigila un grupo de casas— se anuncia, al poco, un nuevo pueblo. Y de repente, una vocecita, tan aguda que domina el gruñido del motor, dice al lado de mi oreja:

—Nos detendremos allí. *Esto* no suena bien. Juan deberá hacer una revisión.

El pueblo. Ante la plaza inevitable, con su fuente en el centro, se detiene el *auto*. *Madame* desciende, hiere el suelo duro con su zapato breve y extiende y encoge los brazos en unos movimientos de gimnasia sueca que le permitan desentumecerlos de la presión continuada. Por último, saca del bolsillo una pitillera verde de piel de tiburón, y de ésta un cigarrillo con el

extremo color cereza. Mientras ella lanza sus primeras bocanadas de humo, yo me permito respirar en el alivio de esta tregua que se le da a mi miedo.

¡Una señora que fuma! Al poco, todas las mujeres del pueblo —los hombres deben trabajar todavía en el campo— están en la plaza. Han cogido, debajo del brazo, el pretexto de un cántaro vacío, y ahora miran, en rebaño, con unos ojos muy abiertos el espectáculo maravilloso. *Madame* se divierte. Se quita primero el sombrero para que vean bien su nuca pelada al rape, y, después, tira del bolso de las coqueterías y se pone a hacerse una briznita de *toilette* con la misma tranquilidad que si estuviera en una *garden-party* de la embajada de los Estados Unidos. El lápiz azul para los párpados; la barra de carmín, para los labios; la borla de los polvos color sepia, sobre la cara...

Eva, en el Paraíso, debió mirar con los mismos ojos la tentación primera. Entre el grupo de mujeres hay una morena de sol y rubia de pelo, que destaca de las otras por su belleza y su excesiva curiosidad. Parece la capitana del grupo, dos metros delante de él y más próxima a nosotros. *Madame* la sonríe con su sonrisa especial de los días de conquista.

—¿Quiere usted probar? —la propone, avanzando hacia ella con todo su arsenal químico de los astilleros de la *rue de la Paix*.

Le sobra tiempo en un minuto para fascinarla y domoñarla a su antojo. El capricho de *Madame* ha jugado con la pueblerina como juega la aguja de inyecciones de un doctor con los conejillos de Indias. Le agranda los ojos y se los sombrea, le aviva los labios hasta dejarlos de un encendido escarlata, le empolva el rostro moreno... Cuando juzga terminada su faena le pone delante el espejo, y dice:

—Mírese usted, a ver si se reconoce.

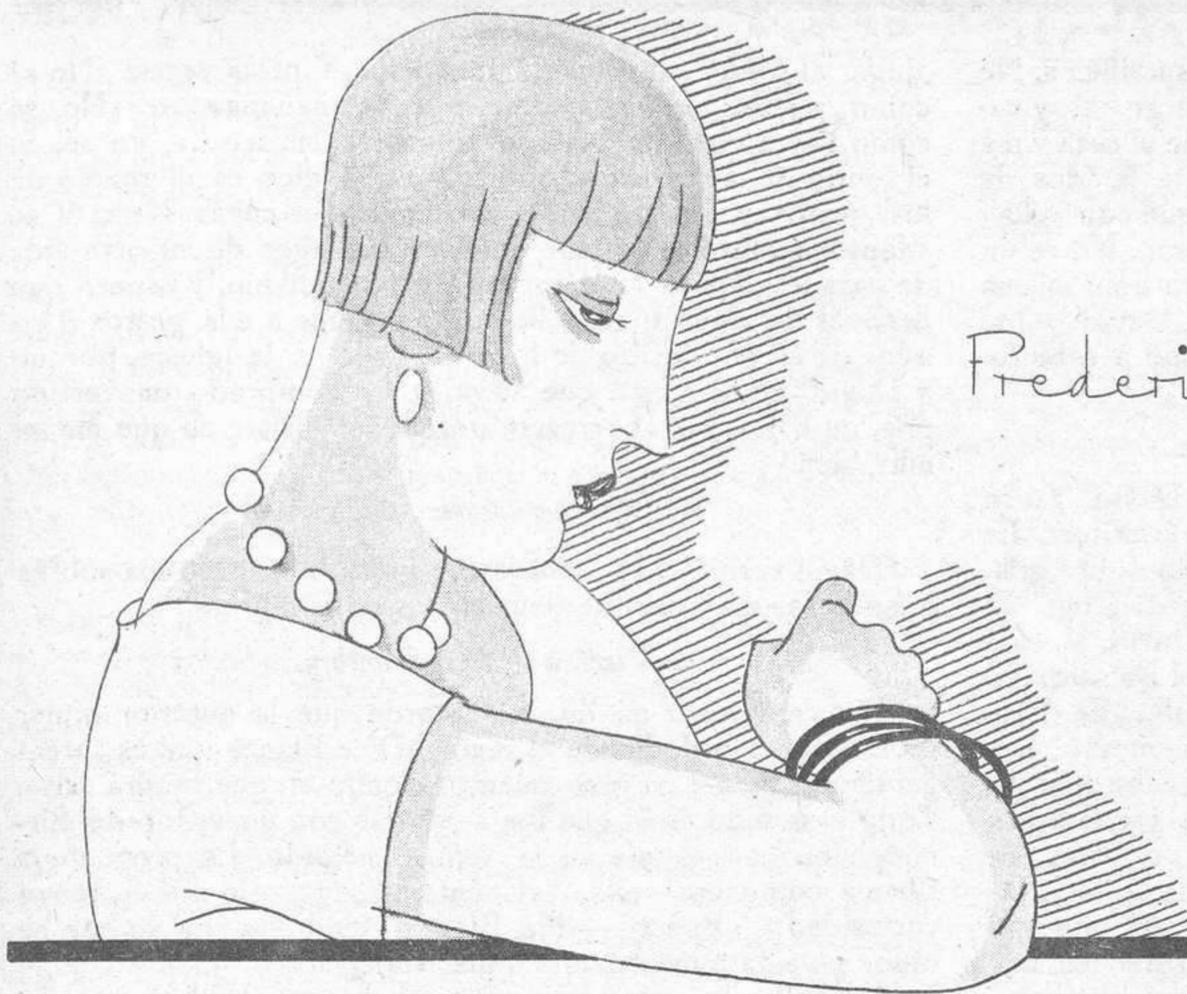
Juan viene a avisar que el coche está ya dispuesto, y partimos, en medio de una ovación de agradecimiento. La vocecilla aguda, que domina el motor, se alza nuevamente:

—No lo he hecho por bondad, como se figuran, sino por un instinto de perversión que nunca puedo dominarme. La semilla de coquetería está sembrada en buena tierra. ¡Dios sabe en lo que fructificará!...

Pero como para decirme todo esto y otras consideraciones que callo, *Madame* se olvida de pisar el acelerador, yo pongo un mimo especial en cultivar el diálogo que prolongaré todo lo más posible. Así como así, estoy muy a buenas con mis huesos y no quisiera dejármelos en la yerma aridez de un campo sin frondas ni plantíos.

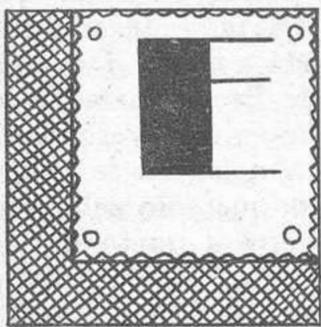
FABRICIO MADRID.

LA OTRA MUJER



Cuento de
Frederic Arnold Kummer

=V. de S.=



ERA en el frío mes de marzo y caía la lluvia perezosa y lentamente, como cansada de caer después de tantos días seguidos. En la negrura de la calle brillaban los faroles, semejantes a estrellas de zafiro, intensamente azules. Irene Hunter, mientras miraba insistentemente a través del empañado

cristal de la ventana, sintió que sus ojos también se empañaban de lágrimas.

Al cabo de mucho rato, cansada ya, volvió al lujo acogedor de su salón. El suave calor que esparcían las lámparas de alabastro robó el color a sus mejillas, volviéndolas semejantes al propio alabastro, en contraste con sus labios, que parecían una herida roja. Impaciente, volvió al lado de la chimenea, y, apoyándose en ella, se quedó contemplando el rescaldo pensativamente. Tenía cierta semejanza con los celos que consumían su corazón, preparados a trocarse en llama en la primera ocasión. Al rojo resplandor de la lumbre, su delicada silueta destacaba sus líneas juveniles.

De pronto, con un movimiento impaciente, volvióse hacia el secreter apoyado en la pared, y de uno de sus cajones sacó un libro preciosamente encuadernado en piel, con pesados cierres de plata. Era su diario. Lo había llevado, con más o menos regularidad, desde el día de su boda con David Hunter, dos años antes.

Perezosamente, casi con aburrimiento, lo abrió y comenzó a volver sus páginas, leyendo aquí y allá fragmentos del curso de los acontecimientos que culminaban en aquella noche cruel. Desde el principio pudo darse cuenta, con un suspiro, de que la figura de aquella otra mujer, como una sombra burlesca, se había interpuesto entre David y ella.

Todo el mundo se lo había advertido; todos la habían aconsejado que no se casara con un hombre divorciado, y desde el primer momento la habían pronosticado que sería desgraciada.

La primera entrada del diario se lo recordaba. Leyó las palabras, escritas de prisa, con una amarga sonrisa:

Pinehurst, 6 de abril.

«David es encantador. ¿Cómo pudo «ella» dejarle escapar?»
»Todo el mundo cree que yo he cometido un disparate ca-

sándome con él, pero no ha pasado aún una semana y ya estoy segura de él, completamente segura. «Ella» no le comprendió, jamás pudo comprenderle como yo le comprendo. Lo que sí me gustaría saber es si él piensa alguna vez en «ella» o en su niña. Esta mañana había en el campo una neñita, y él la dió una pelota de golf para que jugara con ella... Tendré que llenar su vida con tanto cariño, con tanto, que no le quede un solo rincón para pensar en nadie más. Me alegro mucho que David no haya estado nunca aquí antes de ahora. Ellos pasaron su luna de miel en Cornwall, creo. Nada me induce a mí a ir a Cornwall en la vida. A veces se me figura que voy a encontrármela a la vuelta de una esquina... Sin embargo, el mundo es bastante ancho para las dos.»

»Aquí viene ya David. ¡Qué simpático es! No puedo comprender que hubiera alguna mujer capaz de no ser feliz con él. Debió ser de «ella» la culpa. Tengo que esconder esto antes de que venga David. El lo llama «El libro de los sueños» y se ríe. Querido mío. ¿No sabe él que todos mis sueños se han realizado?»

Lentamente Irene volvió las hojas con su relato de íntimas alegrías y penas, conservadas allí día por día. Algunas notas escritas muchas semanas antes atrajeron su atención, reteniéndola después con creciente interés:

Lunes 9 de julio.

«David estuvo anoche trabajando durante una hora en la biblioteca. Cuando le pregunté lo que había estado haciendo, me contestó que escribiendo unas cartas. Al mediodía noté que tenía alguna preocupación y le pregunté en qué pensaba, pero él se limitó a sonreír y habló del calor. Ahora se fué a echar las cartas y también un paquetito... Naturalmente, debí acordarme. Mañana es el cumpleaños de su nena. Cumple cinco. Me alegro que no se le haya olvidado, pero me contraría que haya de ser recordado. Por supuesto, habrá tenido que escribirla una carta, que tendrá que contestar su madre, porque una niña de cinco años es demasiado pequeña para escribir ella sola...»

»Ahora empiezo a ver que nunca podré poseer por entero el cariño de David. Siempre tendrá pensamientos que yo no conoceré, un jardín secreto que me estará vedado. Esto me recuerda a Barba Azul y sus habitaciones cerradas.

»Claro que una mujer que se casa con un hombre divor-



ciado, tiene que estar preparada para algunos sacrificios. No puedo censurar a David ni a «ella», y sin embargo estoy celosa, celosa de su pasado con «ella». Cuando me abraza y me dice que me quiere, algunas veces tiemblo ante la idea de que antes la abrazó y la dijo su amor a «ella», que con «ella» compartió sus días y sus noches como yo ahora... No es un pensamiento agradable; lo detesto y me detesto a mí misma por pensarlo, pero no puedo remediarlo. ¡Ay, David! ¿Qué puedo ser yo para ti que ella no lo sea? Ayúdame a saberlo. ¡Te quiero tanto!»

Jueves 14 de julio.

«Esta mañana vino una carta de «ella» para David. Yo sé que es de «ella», aunque antes nunca viera su escritura. Es grande y clara, algo masculina, cruzando un gran sobre gris. Susana trajo el correo mientras desayunábamos. Cogí las cartas que había para mí y pasé la bandeja a David, el cual apartó el sobre gris, lo miró y se lo guardó en el bolsillo. No hizo ni dijo nada, excepto pedir otra taza de café. ¿Se daría él cuenta de cómo latía mi corazón? Probablemente no. Los hombres son como los avestruces: ocultan sus cabezotas en la arena y se imaginan que están completamente escondidos. Bueno; tengo que aprender a no emocionarme por estas cosas. Claro, ella le escribiría sencillamente para darle las gracias por el regalo de la niña. Y esto continuará así, año tras año, los santos y los cumpleaños hasta convertirse en una costumbre; una parte de mi vida a la que tendré que habituarme. Y... en fin, ¡estoy celosa! ¿Está feo que me ponga así? ¡Pues no me importa!»

Domingo 15 de agosto.

«He estado aquí sentada una hora cavilando por qué una mujer *siente* siempre a la otra en la vida de su marido. ¿Por qué queremos todas que nuestros maridos sean nuestros exclusivamente? ¿Por qué la idea de compartir su cariño con otra mujer, aunque haya sido antes, nos resulta tan cruel? ¿Es un instinto o una costumbre?»

«El doctor Remsen, que se figura que todo lo sabe sobre este punto, dice que es simplemente una derivación del instinto maternal lo que las mujeres colocan frente a la poligamia porque no pueden compartir la propiedad del cariño de sus maridos con los hijos de otras mujeres, porque le desean entero, íntegro, para sus propios hijos...»

«Es una tontería oír estas cosas, y mucho más sentirse tan desgraciada, tantos días seguidos, por culpa de un sobre gris. Hay algo en que las teorías del doctor Remsen o las mías están equivocadas. No sé si las tuyas o las mías.»

Lunes 16 de agosto.

«Hoy he impuesto a mis celos una penitencia. David tenía un retrato de su hijita en un cajón de su mesa, el mismo en que guarda la caja cerrada con sus papeles privados. Creía sin duda que me molestaría verlo. Saqué el retrato esta mañana y se lo puse en un marquito de plata que yo tenía. Es una nena muy mona, con unos ojazos y una boquita deliciosa, pero no se parece a David. Lo coloqué en su tocador; lo vió en seguida y me dió un beso: «Esto esto es una atención muy delicada por parte tuya, Irene», me dijo. Y su voz estaba llena de emoción. Pero ¿por quién? ¿Por mí o por la niña? No lo sé, y esto me dejó vagamente descontenta. Estoy casi arrepentida de haberlo hecho.»

Sábado 2 de septiembre.

«No es muy fácil ser una segunda mujer. Cuando un hombre ha estado ya casado otra vez, se ha hecho a ciertos hábitos, le gustan las cosas hechas de cierta manera, quizá a la manera de «ella», y no es fácil cambiarle. Y tampoco es fácil probar a ser como «ella» era. A veces me doy cuenta de que David está haciendo comparaciones mentales. El dirá que no, naturalmente, pero yo lo sé. Piensa para sí: «Ella» hacía esto, o no lo hacía». A «ella» le gustaba otra cosa que a mí no me gusta. Y cuando lo pienso me trastorno horriblemente. Cuando él dice: «Querida, deberías leer a Conrad», o «Vería con gusto que te agradase más la ópera», o «Qué prefieres mejor,

¿jugar al *bridge* o perder el tiempo?». Y otras veces: «No sé cómo puedes comer perdiz por la mañana», o «No sé cómo hay a quien le guste levantarse a las seis...», yo sé, en el fondo de mi corazón, que lo que él dice es el reflejo de los gustos y las antipatías de *alguien*, a cuyas ideas él se adaptó inconscientemente durante los años de su otra vida de casado. Nunca le dejo ver que lo adivino, y espero que después de algún tiempo llegará a hacerse a mis gustos o yo a los de él. He dejado de ir por la tarde a la iglesia, porque a David no le gusta que vaya, y he comprado un vestido gris, un color que aborrezco, porque él insiste en que me va muy bien.»

Martes 10 de octubre.

«David recibió hoy otra carta gris. Aborrezco los sobres grises y las mujeres que tienen letra de hombre.»

Viernes 3 de noviembre.

«Blanca Wilmer me dijo esta tarde que la anterior mujer de David se ha dedicado al teatro. Dice Blanca que es inteligentísima, posee un gran talento. Confío en que tendrá éxito. Todo el mundo creía que iba a casarse con un señor de Birmingham, con el que se la veía a menudo. Le pregunté a Blanca cómo era «ella». «Cuéntame algo —la dije—, tengo curiosidad.» «Bueno —dijo Blanca riendo—; por lo que he oído, es, mentalmente, una mujer superior.»

«No he hecho más que cavilar sobre esto desde entonces: ¡Una mujer superior! Esto suena algo extraño; pero no hay duda de que hay mucha gente así, cuyo fondo es mejor que lo de fuera. No me puedo quitar de la cabeza la idea de que ella espera, algún día, atraerse nuevamente a David. Desearía que se hubiese casado con ese señor de Birmingham. Creo que tiene mucho dinero. Si «ella» obtiene un éxito resonante, David oirá hablar de ella a todas horas, y quizá no se ocupe tanto de una mujercita estúpida como yo, que sólo sabe reír cuando él está contento, ver si el café está a punto por la mañana, hacer los pasteles que a él le gustan y... recordarle que coja la bufanda las noches que hace tanto frío...»

«Me explicó David, en los primeros días, que a «ella» le desagradaba la casa, y eran para ella una molestia los quehaceres domésticos. Y me dijo también que precisamente me quería a mí porque yo era una mujer *verdadera*, de la que puede depender la suerte de un hombre.»

«Algún día ha de llegar en que David me mire como a un trasto pasado de moda... ¡Qué tonterías estoy escribiendo! Por supuesto, David me quiere. No va a pensar siempre en ella... Ahí está la lavandera. No quiero que se me olvide la camisa que no trajeron la semana pasada.»

30 de noviembre.

«Estoy contenta. Y bendigo a Dios por mi felicidad bien tempranito. Ya no pienso más en ello. ¡Qué tarde más desgraciada! Si yo no hubiera tenido la maldita ocurrencia de decir que me gustaría ver «La pobre Princesita»... Fuimos al teatro, y allí estaba «ella» con la niña, en un palco con algunos cómicos. No dije una palabra, pero noté que David estaba turbado y que *sabía* que yo me había dado cuenta. Naturalmente, todo se echó a perder. Yo hacía por mirar la función, pero no había manera. Mis ojos se escapaban hacia el palco, y en mi cabeza daba vueltas al pasado —su pasado con David— y me sentía muy desgraciada. Todo lo que dijo David fué: ¡Qué pequeño es el mundo!, ¿verdad? Yo no dije nada, no podía dejarle ver cuan próxima estaba de las lágrimas. Y, después de todo, no había razón para llorar...»

Martes 9 de diciembre.

«David se fué a Manchester y yo me quedé sola todo el día. Florencia Marshall vino a tomar el té conmigo y me trajo algunos periódicos que se ocupaban del debut de la primera esposa de David. Parece ser que ha tenido un éxito en una nueva obra que se estrenó en Brighton la semana pasada. Ahora está en Manchester. Yo sé que David ha ido allí a un asunto. «Ella» estuvo allí dos veces durante los últimos meses.»



«Cuando Florencia Marshall me preguntó dónde estaba David, y la hube dicho que en Manchester, se sonrió con una de esas sonrisitas suyas y enarcó las cejas, o mejor dicho la línea pintada en donde las cejas deberían estar, y dijo: ¡Qué coincidencial!, ¿verdad? De buena gana la hubiera pegado. No me cabe duda que ella sabía ya que él estaba en Manchester, y vino corriendo con estos papeles para hacerme rabiarse. La dije que David tenía allí unos asuntos. Sonrió otra vez. «También Jim tiene negocios en Sheffield» —repuso—. «Allí está casi toda la semana»... Yo debería haberla dicho que David no es un «Don Juan» como Jim Marshall, pero me callé. Se marchó una hora después, y yo he estado llorando desde entonces, lo cual sólo demuestra que soy una estúpida.

Media noche.

«Querría que David estuviese ya aquí. No puedo dormir; no me gusta dormir sola. ¡Si yo estuviera segura de que David me abandonó esta noche para siempre, no sé lo que haría!»

«Quizá ella también lo piensa así; quizá habrá vuelto con David, a pesar de todas aquellas cosas que solía decir acerca de su libertad. Me imagino que debe haber mucha gente que corren tras el Paraíso, y cuando creen haberlo alcanzado, vuelven la vista atrás y descubren que el verdadero Paraíso es el que han dejado... Si a «ella» la ha pasado esto y desea volver a David, acaso el amor de él por mí no resista esta prueba. Nunca puede una estar segura sobre estas cosas.»

Miércoles 10.

«He vuelto a leer lo que escribí aquí anoche y he llegado a la conclusión de que estoy chiflada. David me ama, y yo no tengo derecho a atormentarme imaginándome todo lo contrario, y aún otras cosas. Esto no está bien, ni por él ni por mí. Cuando me miro en el espejo reconozco que soy mucho más atractiva que «ella». Soy diez años más joven, que es un poco. Hoy estoy muy contenta porque David vendrá a cenar con tiempo esta noche. Voy a preparar un pato con setas, como a él le gusta, y luego me pondré el vestido negro y plata que Fleurette ha hecho para mí expresamente. Ya haré yo de modo que David no piense nunca en el «Paraíso perdido», o sea, en «ella».

Jueves 11 de diciembre.

«David estaba lamentablemente cansado y muy contrariado cuando volvió anoche. El tren llegó con una hora de retraso. Dijo que tenía una jaqueca muy fuerte y no quiso comer nada. ¡Adiós mi rica cena! Se acostó muy temprano y yo estuve leyendo una estúpida novela y pensando en muchas cosas...»

Domingo 30 de marzo.

«Hoy es el aniversario de nuestra boda. David me mandó unas rosas preciosas y me trajo el imperdible de jade, que tanto deseaba tener. Creo que no me merezco esto después de mis horrorosos pensamientos.»

Jueves 3 de mayo.

«Ya llegó la primavera, y los vecinos están limpiando la casa. También yo he decidido sacudirme todo el polvo que he estado almacenando durante el invierno (hablo en sentido figurado), alborotándome la cabeza sin necesidad con mis ideas sobre «otras mujeres» y cosas por el estilo. Una mujer que se casa con un hombre divorciado puede ser tan feliz como otra cualquiera. Yo lo sé porque yo lo soy. David me quiere con todo su corazón. Si no me quisiera, jamás se le hubiera ocurrido decirme hoy que su más ferviente deseo sería que tuviéramos hijos «nuestros». Comprendo que una mujer tiene derecho a que su marido sea sincero con ella; pero a cambio, ella debe estar dispuesta a darle hijos...»

«Florencia Marshall dice que a ella la molestan los «críos», y en cambio pondría el grito en el cielo si Jimmie hiciera algo que no debiera... Me parece que es como el perro del hortelano...»

«A mí me gustaría mucho tener un hijo. «Ella» tiene uno. Puede que sea esta la razón por la cual he estado tan celosa

de «ella» todos estos meses. Porque el café a punto, las alfombras mullidas y un gato de Angora, están muy bien en su género, pero *no constituyen* el hogar. No me extraña que muchos hombres busquen el Paraíso soñado. Puede que también David...»

Miércoles 9 de octubre.

«Hoy ha sido un día fatal por dentro y por fuera. ¿Qué le llegará a suceder a una mujer que desea tener un hijo y que ve, año tras año, que sus esperanzas no son más que eso... esperanzas?»

18 de noviembre.

«David estaba esta tarde contrariadísimo. No me he atrevido a preguntarle qué le pasaba. ¡Pueden ser tantas cosas! Supongamos que su nena está malita. O quizá se trate de cuestiones de dinero... La obra en que trabajaba su mujer ha tenido un fracaso en Londres. No he oído nada de ella hace muchos meses. ¡Qué raro! ¡He escrito «su mujer» sin darme cuenta! Algunas veces me lo creo, como si realmente tuviese más de una. Ahora soy yo su mujer. Me hace gracia pensarlo, ¿qué sucederá cuando nos encontremos las dos en el cielo? Allí supongo que todos seremos buenos amigos. Me agrada pensar ahora del mismo modo, pero no puedo, soy demasiado ruin. Y me imagino todo lo peor, especialmente cuando David pasa una tarde entera fuera de casa, como hizo ayer, sin darme la menor explicación. ¡Si yo pudiera siquiera ser tan amplia de criterio como Elsa Selkirk! Ella dice que no le importa con quién va su marido mientras no se la pasee por delante de las narices. Elsa tiene ideas avanzadas. Tampoco la gusta, en cambio, que su marido se preocupe de lo que ella hace. A mí no me gustan esas libertades. Si las hubiera querido tener, nunca me hubiera casado.

Hace una hora, David guardó algo en la caja que tiene en el segundo cajón de la derecha de su mesa de escritorio. ¿Qué habrá dentro que con tanto cuidado lo cierra? Su jardín secreto, sin duda, ese jardín en el que me está prohibido entrar. Bien mirado, ¿por qué no ha de ser así? Si yo hubiera estado casada antes, también tendría yo otro. ¿Hay en el mundo nada más irrazonable que una mujer enamorada?»

Lunes 10 de marzo.

«David recibió esta mañana otra carta gris. La leyó mientras esperaba que Juan trajese el coche, y entonces se entró con ella en la biblioteca. Cuando salió tenía la cara descompuesta, y se le olvidó darme un beso. Algo ha sucedido, algo que me ha dejado trastornada, aplanada, aunque yo no sepa lo que es. No puedo más. Voy a decirle a David que «ella» debe dejar de escribirle. Esta incertidumbre me volverá loca. No; esto no serviría de nada. «Ella» puede mandar las cartas a la oficina sin que yo me entere...»

Lunes, tarde.

«David acaba de telefonarme que no vendrá a comer. Esperaba que me dijera por qué, pero no me dió ninguna explicación, y mi dignidad hizo que yo me guardara muy bien de preguntarle nada. Sea lo que fuere, no creo que corriera tanta prisa... La carta que recibió esta mañana estaba marcada con el sello de la estafeta del Regent's Park. ¿Qué hacer, Dios mío!»

Irene dejó de volver las páginas de su diario. La última nota que acababa de leer la había escrito aquella misma tarde, y las manchas que salpicaban la página desmostraban que no había sabido contener las lágrimas... Ocho horas habían pasado desde entonces; ocho horas de horrible sufrimiento...

Lentamente el reloj dejó oír doce campanadas. Fuera, el monótono gotear de la lluvia, semejante a cansado lloriqueo. Con un rápido movimiento, Irene cogió la pluma y empezó a escribir:

Media noche.

«Ya sé lo que haré. Cuando David vuelva a casa (porque supongo que alguna vez tendrá que volver), le preguntaré abiertamente si ha estado con «ella»; y si es así, me iré de



con él. Nunca le he preguntado nada antes de ahora, porque, a pesar de todo, creía en él, pero ahora ya no creo. Está con esa mujer, lo sé, me lo dice el corazón. Espero que no se le ocurrirá mentir cuando yo formule mi acusación; pero si miente, no le creeré. Cuando dos personas se casan, no debería haber entre ellos la sombra de otro amor. David se ha equivocado. Cuando vino a mí, debió haberse dejado detrás todo el pasado, todo cuanto pudiera herirme. No tenía derecho a traer todas estas cosas a mi vida para hacerme sufrir. He intentado ser generosa, he respetado su jardín secreto, y no he tratado nunca de violar su misterio, aunque me haya costado trabajo, pero ahora es él quien me ha obligado a penetrar en él. Yo sé que la puerta del pasado, que debiera haber conservado cerrada, está ahora abierta, y que en la vida de David no hay sitio para las dos. Que elija: una u otra; las dos no puede ser. Me agradaría saber lo que me contará cuando vuelva. Quiero creer que no se le ocurrirá contarme un cuento: que si tiene un amigo enfermo, o que se trataba de una cita de negocios. No; estoy segura de que David es demasiado noble para hacer esto....

»Quizá me diga que se equivocó al casarse conmigo y que... ha decidido volverse con ella. Mucho me temo que sea esto. Pues bien, si es esto, estoy preparada; no intentaré hacerle cambiar de idea en contra de su gusto. Nada de lágrimas... ¡Me sobrará luego mucho tiempo para llorar! Y esto no conduce a nada.

»¡Oh, David, David! ¿Por qué había de sucedernos esto? ¿No te bastaba con mi cariño? ¿Es porque ella es más inteligente y más hermosa que yo? ¿O es por la niña? ¡Bien sabe Dios que mi corazón anhela el ruido de las tiernas vocécitas y de los pasitos vacilantes... que tanto tiempo he esperado! ¡Cuántas veces he llorado por no ver lograda esta ilusión! ¡Quizá también tú, en tu corazón, guardabas el eco de estas ilusiones! ¡Quizá lo echaste de menos muchas veces cuando volvías a nuestro hogar, con sus comodidades, con sus comidas a punto...! ¡Y yo que pensé que con mi amor llenaría tu vida! ¡Dios mío, qué locas somos las mujeres!

»Lo que siento ahora no es una pena que acabara de nacer. No es porque David me haya dejado sola esta noche, no. Todo cuanto he leído en este diario me demuestra que desde que me casé esa pena ha ido en aumento... hasta ahora, que ya no puedo más. No sé si tengo razón o no. Lo que sí sé es que no puedo soportar más. Me alegro que haya llegado la hora de una explicación: una cosa u otra. Cualquier certidumbre, por triste que sea, es mejor que esta agonía de duda. ¿Está cansado de mí? ¿Quiere volver con «ella»? ¡Si yo lo pudiera saber!

De los temblorosos dedos de Irene se escapó la pluma. Quedóse un rato contemplando con ojos somnolientos, vagos, las palabras que acababa de escribir. Lentamente empezó a dibujarse en su rostro una determinación: «¿Por qué no? —murmuró para sí—. Tengo derecho a saberlo.» Súbitamente abrió uno de los cajones de la mesa y sacó de él una pesada caja de metal. Luego, alucinada, se quedó contemplándola, medrosa, como si temiera lo que iba a encontrar en su interior.

Trató de abrirla con sus dedos impacientes, pero la cerradura, aunque frágil, resistió sus esfuerzos. Una pesada bayoneta, reliquia de la guerra, que pendía del muro atrajo su atención. Introdujo la punta del arma por la ranura de la tapa; bastó un pequeño empuje para hacer saltar la cerradura... Y el contenido de la caja se ofreció a sus ojos.

Por un momento vaciló; temerosamente, su mirada buscaba los oscuros rincones de la caja. Dentro había muy poco: un paquete de cartas muy reducido, con sus odiados sobres grises; dos o tres fotografías, un zapatito de niño de color de rosa pálido y varias tarjetas de felicitación escritas por una mano infantil. En el fondo quedaban algunos documentos que parecían legales. Irene adivinó que trataban del asunto del divorcio de su marido. La caja exhalaba un vago perfume de hojas de rosa marchitas, que producía la sensación de cosas largo tiempo olvidadas, muertas. «¿Estaban realmente muertas? —se preguntó a sí misma—, ¿o nada más dormidas?»

Aquellos sobres grises, con sus enérgicos trazos, hablaban de cosas muy vivas, que alejaban de su mente la idea de sacrilegio que se le antojara a lo primero, cuando miró por primera vez dentro de la caja. Tomó en sus manos el paquete y se sentó al lado de la mesa. «Aquellas cartas —pensó— la dirían lo que tenía derecho a saber.»

Había muy pocas; cuatro en junto, y estaban colocadas por el orden que habían sido recibidas. «David —reflexionó— siempre había sido cuidadoso, hasta en sus asuntos amorosos...»

La primera carta era muy breve y tenía adjunto un papelito color de rosa. Decía así:

«Querido David: Constanza desea darte las gracias por el relojito. Se lo he guardado porque ahora todavía es muy pequeña para tener cuidado de él. Ha pasado un cumpleaños muy feliz, y te da las gracias en la cartita que te acompaña.— Ana.»

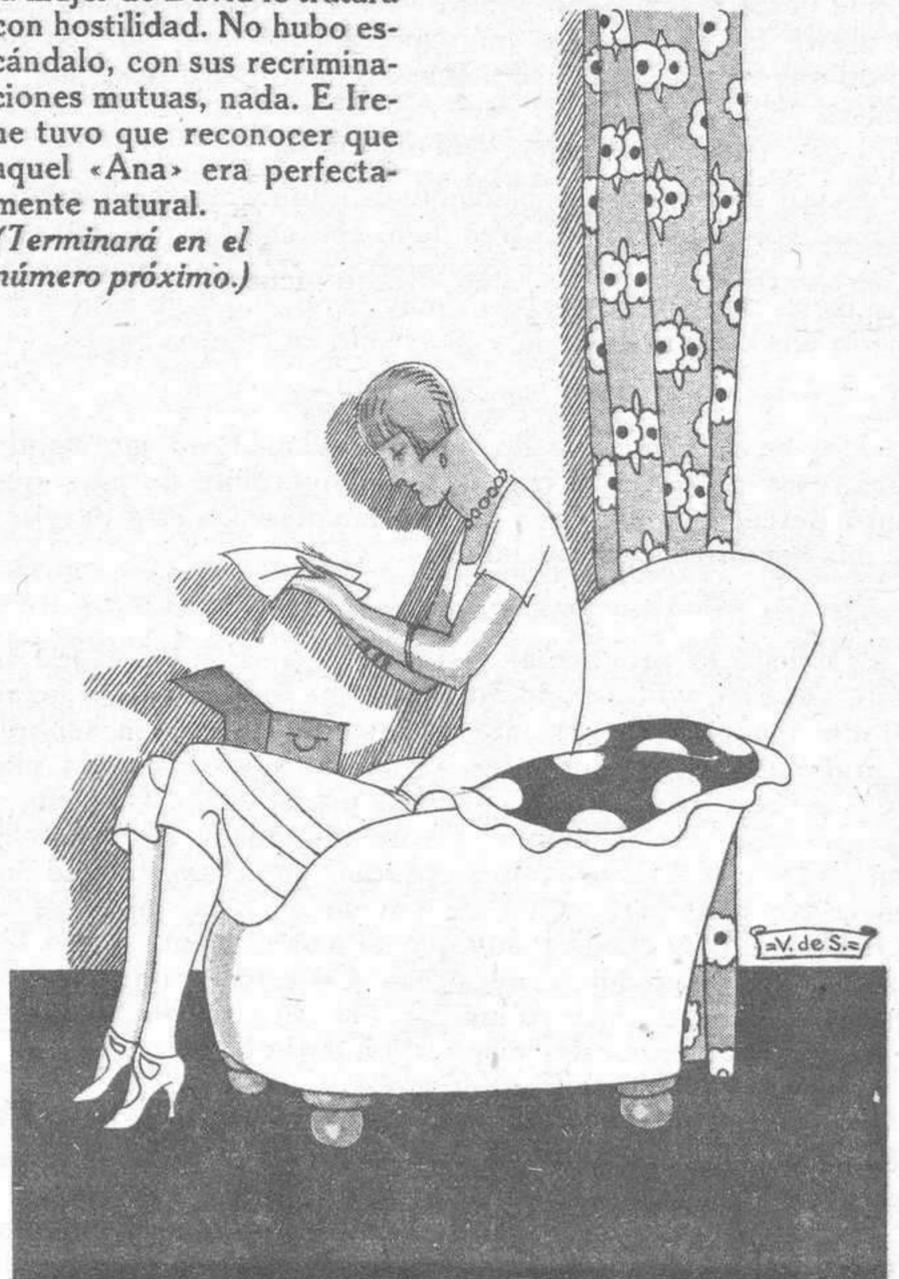
Las manos de Irene temblaron al coger la cartita de la pequeña; aquel «Querido papaito» trazado con su escritura grande, irregular, con aquella fantástica redacción, en la que, con toda formalidad, expresaba su agradecimiento por el precioso reloj, enviándole a cambio un beso muy grande, muy grande..., hizo que los ojos de Irene se llenasen de lágrimas. «No era de ahí precisamente de donde podían nacer sus celos», pensó, mientras volvía a guardar las cartas en el sobre.

La sobrecogió un sentimiento de malestar. Se sentía disgustada consigo misma por haberse metido en cosas tan ajenas a su propia vida. Pero, ¿eran tan ajenas a ella, cuando en aquellos instantes su marido y aquella mujer estaban juntos sin saber ella en qué circunstancias?...

«Ella» se dirigía a David y se firmaba Ana. Igual que acostumbraba a hacer antes, no había duda.

A Irene se le antojó pensar cómo se dirigiría ella a su marido si, de resultas de aquella noche, se separaran... Luego, recordó que el divorcio había tenido lugar de común acuerdo por ambas partes. No había, por tanto, razón para que la mujer de David le tratara con hostilidad. No hubo escándalo, con sus recriminaciones mutuas, nada. E Irene tuvo que reconocer que aquel «Ana» era perfectamente natural.

(Terminará en el número próximo.)





DETECTIVE POIR AMOIR

Novela por MARIE C. y ROBERT LEIGHTON



—¡Milord! —replicó Pablo Wingrove, cuya bronceada cara se había puesto roja ante el arrebatado de ira del anciano. —¡Silencio! —tronó el par con furia—. ¡Silencio, he dicho! Usted es un buscavidas, un rastrero buscavidas, y le prohíbo que vea siquiera a mi hija... a mis hijas. ¿Me oye? Le prohíbo volver a entrar en esta casa. ¿No me basta con tener hijas locas y extravagantes para que encima venga usted a empeorar las cosas?

El marino retrocedió un paso. El rojo de sus mejillas se había intensificado hasta el carmín. Sus azules y claros ojos habían perdido su sonrisa, reemplazada por un fulgor sombrío. La sangre ardía en sus venas.

Erguido y noble, contemplaba con fijeza el rostro del anciano distorsionado por la ira. ¡Ah! ¡Si aquel hombre hubiera sido más joven y no viese en él al padre de la mujer amada!

—Me está usted insultando —dijo con la siniestra calma de la forzada serenidad—. Yo no soy un buscavidas. Si su hija aceptase mi relativa pobreza, sería el mayor placer de mi vida que no tuviera que agradecer nada a nadie, que dependiera de mí exclusivamente.

—¡Depender de un marinero sin un céntimo! —exclamó burlón lord Luxmore, y el tono de burla disonó en seguida en el oído de su interlocutor—. ¿Dice usted que le insulto? Nadie lo diría. Un hombre que pretende robar la hija de otro por su dinero está a prueba de insultos. —Su voz llegó a la ronquera en su indomable furia—. ¡Salga de esta casa en el acto! Y por si su ausencia no es suficiente para estar protegido contra usted, me propongo llamar esta noche a mi notario y hacer testamento disponiendo que mi hija Lena no perciba ni un céntimo si comete la tontería e incurre en la desobediencia de casarse con usted.

—¡Depender de un marinero sin un céntimo! —exclamó burlón lord Luxmore, y el tono de burla disonó en seguida en el oído de su interlocutor—. ¿Dice usted que le insulto? Nadie lo diría. Un hombre que pretende robar la hija de otro por su dinero está a prueba de insultos. —Su voz llegó a la ronquera en su indomable furia—. ¡Salga de esta casa en el acto! Y por si su ausencia no es suficiente para estar protegido contra usted, me propongo llamar esta noche a mi notario y hacer testamento disponiendo que mi hija Lena no perciba ni un céntimo si comete la tontería e incurre en la desobediencia de casarse con usted.

—¡Depender de un marinero sin un céntimo! —exclamó burlón lord Luxmore, y el tono de burla disonó en seguida en el oído de su interlocutor—. ¿Dice usted que le insulto? Nadie lo diría. Un hombre que pretende robar la hija de otro por su dinero está a prueba de insultos. —Su voz llegó a la ronquera en su indomable furia—. ¡Salga de esta casa en el acto! Y por si su ausencia no es suficiente para estar protegido contra usted, me propongo llamar esta noche a mi notario y hacer testamento disponiendo que mi hija Lena no perciba ni un céntimo si comete la tontería e incurre en la desobediencia de casarse con usted.

CAPITULO III

UNA LLAMADA



MOMENTOS después, Pablo Wingrove salía de la biblioteca; cerraba tras sí la puerta y echaba a andar por la mullida alfombra de la galería en dirección del vestíbulo. Iba agitado, y su respiración era rápida y entrecortada. Inconscientemente sus pies seguían el camino y casi inconscientemente también notó que la casa estaba medio a oscuras. Había anochecido y aún no habían encendido ninguna luz. No se veía ningún criado.

Al final de la galería se detuvo. ¿Debía entrar en el salón a despedirse de Lena?

Decidió hacer la prueba. Empujó la puerta y entró en la espaciosa estancia. El gran salón estaba silencioso, alumbrado solamente por el trémulo y fantástico resplandor de la lumbrera de la chimenea. El sofá que junto a la ventana ocupaba antes miss Luxmore estaba vacío. Llamó suavemente a Lena por su nombre, pero nadie respondió.

En aquel momento creyó oír un ruido en la biblioteca, en aquella oscura y tétrica habitación donde se habían desvanecido todas sus esperanzas. Por el ruido parecía que lord Lux-

more se había levantado de su asiento para salir a ver si su visitante se había retirado. Otro ruido pareció indicar que la puerta se cerraba, y todo volvió a quedar en silencio.

Pablo tomó apresuradamente su sombrero y su bastón y apartando con la mano los pesados tapices llegó al vestíbulo. Allí vió un hombre inclinado sobre la lumbrera de una chimenea. Al sentir la brusca llegada de Pablo, aquel hombre alzó la cabeza estremeciéndose. Era el mayordomo.

—¿Es usted, Bell? —preguntó Pablo.

—Sí, señor; ahora iba a llevar una luz a la biblioteca. Ya fui a llevarla antes, mas por el tono de la voz del señor comprendí que se había puesto de mal humor y no entré. Muchas veces se pone así. Pero ya parece que se ha tranquilizado del todo. ¿Verdad?

—Sí —respondió Pablo con apresuramiento, poniéndose el sombrero y dirigiéndose a la puerta—. Sin embargo, creo que es mejor que no le moleste por ahora.

—¡Pero se va usted ya, Mr. Wingrove! —exclamó el mayordomo con sorpresa—. Yo creía que se quedaría a comer.

—No —repuso Pablo con voz triste—. Dígame a Mrs. Vayne qué no me he detenido porque tenía que regresar a Londres en el tren de las seis y media.

Y sin decir más salió y desapareció en la oscuridad.

Al cruzar el camino de los coches volvió los ojos para contemplar el edificio de donde acababan de despedirle tan violentamente. Por la ventana del corredor vió la oscura y majestuosa figura de Mrs. Vayne de pie junto al aparador sobre el cual lucía una gran lámpara y brillaba la vajilla de plata.

Pero como no quería que nadie le viera salir de aquellos lugares de un modo tan ignominioso, Pablo se internó entre los árboles. Las hojas caídas crujían bajo sus pies. Oculto entre las sombras se volvió una vez más con una débil esperanza de ver a la mujer amada. Pero no percibió ni rastro de ella.

Dos o tres minutos después, al recorrer con ligero paso la senda que conducía a la puerta más próxima a la estación, la senda que poco tiempo antes había recorrido con tan risueñas esperanzas, creyó oír pasos apresurados detrás de él. ¿Se habría enterado Lena de su marcha y mandaría algún criado a llamarle, o...?

Detúvose y volvió la cabeza. En el estrecho camino no había más persona que él; y, sin embargo, habría jurado ver desaparecer bruscamente una negra figura detrás de un grupo de olmos. Pero no tardó en olvidar el incidente y prosiguió su marcha con paso más acelerado que antes.

Llegó a la estación del ferrocarril sin aliento, pero a tiempo. Aún tuvo que aguardar unos minutos, encendiendo un cigarro en el andén antes de que llegase el tren que había de llevarle a Londres.

Desde este punto creemos innecesario seguir minuciosamente los pasos de Pablo. Llegó a Plymouth en el tren de Paddington de las nueve y a las ocho de la mañana se hallaba a bordo del *Berenice*.

Sus compañeros de oficialidad se quedaron sorprendidos al verle. Estaba muy cambiado. Ya no era el joven alegre que se había separado de ellos veinticuatro horas antes.

Después de vestirse de uniforme se puso a pasear por el lado de estribor del alcázar y al poco rato vió atracar un bote al costado del buque. Pocos minutos después se le acercó respetuoso un subalterno y le entregó un telegrama. El despacho, que había sido puesto en Londres a las siete de aquella misma mañana, tenía el característico laconismo de los telegramas. Decía así:

«Vuelva a Luxmore. Urgente.—Miguel Dred.»

Pablo Wingrove se quedó atónito. ¿Qué significaría aquello? ¿Cómo sabía Miguel Dred que había vuelto a bordo de su buque? Vagamente, sin causa aparente, Pablo se estremeció al pensar en aquel hombre.

Su imaginación titubeó un momento entre la alarma y una repentina y dulce esperanza. ¿Le habría ocurrido algo a Lena? ¿Habían doblegado sus dulces persuasiones la férrea voluntad de su padre? Pero de todos modos, ¿por qué intervenía en el asunto Miguel Dred?

Conocía demasiado al gran detective para sentirse plenamente convencido de que no habría enviado semejante telegrama sin graves razones. Seguramente Miguel Dred no se mostraría tan imperativo si se tratara de un motivo insignificante.

Paseándose con ansiedad por el puente, el joven oficial pensó que acaso habría intercedido Miguel Dred por él ante lord Luxmore. Recordó con un arrebatado de alegría que el detective le había dicho que pensaba escribir al noble lord. Era posible que la carta hubiese ejercido influencia en su favor. De todas suertes, fuera o no fuera ésta la explicación, la llamada a Luxmore demostraba que el irascible padre había revocado su decreto de expulsión.

Por lo tanto, el teniente Wingrove pidió y obtuvo un nuevo permiso, y salió sin demora para Londres. Atormentado por el temor y por la esperanza, su angustiado corazón se inclinaba naturalmente a la probabilidad más favorable. Indudablemente la llamada indicaba que lord Luxmore había cedido. ¿Qué padre podrá mostrarse sordo a las súplicas de una hija tan dulce y tan encantadora como Lena? Pablo se sonrió interiormente, mientras el expreso atravesaba con su velocidad habitual el conocido panorama. Preveía muchos años de felicidad.

El tren llegó a Swindon por la tarde. Acababan de ponerse a la venta las primeras ediciones de los periódicos de la noche. Compró uno para distraer la imaginación de la tensión y de la duda en que se hallaba, e inmediatamente sus ojos tropezaron con una noticia sensacional para él. Las líneas parecían destacarse en el papel con letras de fuego:

MUERTE REPENTINA DE LORD LUXMORE

Circunstancias misteriosas.

«Con profundo sentimiento tenemos que dar cuenta de la repentina muerte de Algernon Sidmouth Luxmore, séptimo barón de Luxmore. El noble lord falleció anoche de una afección cardíaca en su espléndida finca de Luxmore. (Seguía una breve noticia biográfica del difunto extractada de su anuario biográfico). El título pasa al sobrino del difunto, Mr. Reginaldo Luxmore, de Beveden.»

ÚLTIMA HORA

«Un telegrama de la «Prensa Asociada» dice que después de las primeras noticias del fallecimiento de lord Luxmore, se han descubierto ciertas circunstancias misteriosas que hacen sospechar la existencia de un delito. Al entrar anoche, a las seis y media, en la biblioteca de su padre, la señorita Lena Luxmore, hija mayor del respetable par, le encontró caído en la alfombra. Inmediatamente pidió auxilio y se le prestaron todos los cuidados del caso, desgraciadamente sin resultado. Llamado el Dr. Hale, médico de la familia, declaró que lord Luxmore debía de haber fallecido hacía media hora por lo menos. El doctor se negó por el pronto a dar una opinión definitiva sobre la causa de la muerte, pero negó que pudiera atribuirse a ningún padecimiento del corazón. También fue llamado a Luxmore Mr. Dred, el conocido detective y se espera que se practicarán detenciones.»

El periódico se escapó de los dedos de Pablo Wingrove. Su rostro se puso pálido de consternación y de horror. ¡Cielo santo! ¡No eran las súplicas del amor las que habían doblegado la inflexible voluntad de lord Luxmore! ¡Era la muerte la que le había reducido a la impotencia!

El cerebro de Pablo parecía un torbellino. No podía pensar y además el misterio era demasiado profundo. Su generoso corazón sólo sentía un impulso: ir al lado de su adorada Lena y consolarla. Los ciento veinticinco kilómetros que le quedaban por recorrer, los recorrió en un estado mental muy próximo a la desesperación. «¡Lena! ¡Lena!» Era el único grito mudo de su angustiado corazón, cuya ternura se desbordaba

del profundo mar de su pesadumbre. En su ansiedad y en su impaciencia le parecía que el rápido marchaba a paso de tortuga.

¡Paddington al fin! Saltó del tren y corrió a montar en un coche que le llevase velozmente a la estación donde había de tomar el tren de Luxmore. En su prisa y en su agitación no observó que en el andén esperaban su llegada dos hombres, que vigilaban todos sus movimientos, que le seguían en otro coche, y, que finalmente, se dirigían a Luxmore en el mismo tren.

Por fortuna para él Pablo Wingrove ignoraba el vórtice en que se estaba metiendo inconscientemente.

CAPÍTULO IV

SOSPECHAS



EN su agitación, Pablo Wingrove casi echó a correr al apearse del tren y tomó el camino de Luxmore Park. El aspecto de la gran casa rodeada de grandes árboles parecía más sombrío que antes. Un silencio abrumador reinaba en torno suyo como extraño duelo por la tragedia desarrollada entre aquellas paredes.

A medida que se acercaba, Pablo sentía que su corazón se llenaba lentamente de horror. Abrieronle la puerta, pero no Bell, el mayordomo, sino una doncella. En el interior de la sombría casa reinaba también profundo silencio, ese silencio producido por el temor respetuoso que inspira la presencia de la muerte. El horror que había sentido Pablo al acercarse a la mansión se aumentó al hallarse dentro de ella.

Con pasos apagados siguió a la sirvienta hasta el salón. Sin saber por qué, le pareció notar que aquella mujer le miraba con curiosidad y con desconfianza. Murmurando algo sobre la llegada de Mrs. Vayne, se retiró. Con el corazón oprimido, Pablo se dejó caer en una silla y esperó, solitario, en aquel frío y oscuro aposento tan lleno de luz y de calor el día anterior. Porque hacía veinticuatro horas nada más que Lena y Beatriz Luxmore se hallaban allí sonrientes y felices, y él mismo había pasado en aquella estancia los momentos más dulces de su vida.

Alguien salía del invernadero. Era Mrs. Vayne. Vestía de luto, pero no parecía apesadumbrada. Lejos de mostrarse triste, su rostro tenía el aspecto impasible de una estatua. Era evidente que no la habían avisado la llegada de Mr. Wingrove, porque al darse cuenta de su presencia se sorprendió y Pablo creyó notar cierto desagrado. El marino se había puesto de pie y empezado a hablar; pero, al parecer, la dama no estaba dispuesta a escucharle, pues con un breve «Buenas tardes, Mr. Wingrove», salió del aposento con aire altivo.

A Pablo le extrañó el comportamiento de Mrs. Vayne. Ni aun el estado de consternación y de confusión en que se hallaba toda la casa podía justificar que se le tratase de aquel modo casi grosero. Pero su corazón estaba demasiado preocupado por Lena para que sus pensamientos se detuviesen mucho en tales pequeñeces. ¡Cuándo llegaría su amada para animarla y consolarla!

En el suelo se proyectó una sombra. Pablo levantó la cabeza con ansiedad. No era Lena sino Beatriz Luxmore quien había entrado en el salón. En el rostro de la joven se notaban huellas de largo y amargo llanto. Al ver al visitante, también se sorprendió y retrocedió un paso, con una expresión en la mirada que Pablo no podía comprender.

—¿Esta usted aquí, Mr. Wingrove? —exclamó con frialdad, y con voz aún más fría añadió—: Creí que estaba aquí Mrs. Vayne. ¿La ha visto usted?

—Hace un momento pasó por aquí —respondió Pablo—. Me parece que iba hacia allá.

—Gracias —repuso Beatriz, y haciendo una ligera inclinación de cabeza se retiró como se había retirado la señora de compañía.

(Continuará en el número próximo.)





NUESTROS CONCURSOS

Queda cerrada la admisión de trabajos para el Concurso **El marido.—La mujer**. Publicaremos, sin embargo, los originales admitidos antes de publicar este número.

Queda abierto nuestro nuevo Concurso **¿Qué le ocurrió a Casilda?**

La idea del nuevo Concurso nos la han dado las dos primeras respuestas de **Casilda** (seudónimo que encubre un nombre que no estamos autorizados para publicar) al Concurso **Lo pasado, lo presente, lo futuro**. Nuestras lectoras las recordarán, porque dichas respuestas obtuvieron en la votación el **segundo premio**.

Eran éstas:

Un buen recuerdo: *El de aquel día en que...* (no sigo porque se van ustedes a reír).

Un mal recuerdo: *Al día siguiente, cuando...* (pero ¿por qué hacen ustedes preguntas indiscretas?).»

Nosotros hemos sentido viva curiosidad y no menos agudo deseo de descifrar el misterio que se oculta en los puntos suspensivos de ambas contestaciones. ¿Qué cosa buena le ocurrió a *Casilda* aquel día que no quería contárnosla *porque nos íbamos a reír*? ¿Qué cosa mala le sucedió al día siguiente, que al ir a decírnosla se calló como un poco ruborizada?

Aquí de la imaginación de nuestras lectoras y lectores. Se trata de *adivinar* lo que un día le pasó a *Casilda* de *bueno y gracioso* y lo que le ocurrió al día siguiente de *malo...*; bueno, de malo no, de *ingrato*; malo precisamente no debió de ser; el tono parece reflejar la impresión de algo así como una *plancha*, de un apuro, de *algo, en fin, que le hizo pasar un mal rato, pero que no tenía nada de trágico ni de sentimental*.

A las más ingeniosas respuestas les concederemos premios que oportunamente se anunciarán. Recomendamos, como siempre, la brevedad.

Desde la publicación de este número admitimos respuestas para este nuevo Concurso de **MUJER**:

¿QUÉ LE OCURRIÓ A CASILDA?

EL MARIDO -:- LA MUJER

CONTESTACIONES RECIBIDAS

¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

NÚMERO 55

Excelencias espirituales preferibles:

La inteligencia y la generosidad, y sobre todo, la sinceridad.

Las menos esenciales:

No me importaría que fuese poco comunicativo con los demás, conmigo ya le haría yo serlo.

Deficiencias morales más insufribles:

La hipocresía, la debilidad de carácter y la falta de energía.

Las más llevaderas:

El amor propio, el genio un poco fuerte.

Dotes físicas más gratas:

Elegancia en los movimientos, frente espaciosa, ojos verdes de mirar profundo, pelo ondulado natural.

Menos estimables:

La belleza.

Defectos físicos más odiosos:

La dentadura sucia.

Los más soportables:

Cualquiera de los que suelen tener.

Las ideas y opiniones que debía tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente:

Tolerancia con los defectos ajenos, amplitud de juicio, fe sólida y que ame el hogar, encontrando en él sus delicias.

Preeminencia social:

Ninguna, como no sea la que deba a su trabajo y a su inteligencia.

Profesión:

Cualquiera, con tal que sepa trabajar y ponga en ella toda su energía.

FLEUR DE REVE.

NÚMERO 56

Excelencias espirituales por mí deseadas:

Ante todo, la verdadera bondad. Que sea un hombre serio, formal y recto en todas sus decisiones. De un carácter imperativo y dulcísimo a la vez. Muy honrado. Muy optimista y de un temperamento jovial. Deseo, enormemente, que todo su ser esté lleno de amor para mí; de ese amor y cariño que le haga ser sincero, comunicativo, leal y comprensivo con su esposa.

Las menos esenciales:

La excesiva cultura. El romanticismo.

Las deficiencias morales más insufribles:

La ordinarietà, la holganza, la terquedad y la falta de religión. La crueldad y el despotismo.

Las más llevaderas:

Un poco desordenado y presumido.

Las dotes físicas más gratas:

Que sea alto, moreno. De una figura elegante, fina y distinguida. De tez oscura y dientes blancos. Hermoso, nunca.

Las menos estimables:

Pelo rizo, ojos grandes, y un determinado color de ambas cosas (teniendo en cuenta que no sean demasiado claras).

Los defectos físicos más odiosos:

Suciedad y falta de aseo personal. Dentadura, sucia; uñas, ídem. La voz afeminada, obesidad y esos ojos que, de tan «claritos», parecen revueltos.



Los más soportables:

Esos que, más que defectos, necesitan el calificativo de desgracias.

¿Sus ideas?

Que en todo, o en lo más posible, coincidan con las mías. Lejos de ser un «modernista», no se crea, ni resulte un anticuado. Que en mi compañía (esto siempre), le guste vivir la vida, y saborearla todo lo posible; echando, de vez en cuando, una «canita» al aire. Que su hogar sea para «él» lo más confortable, resultándole como un lugar de ensueño, de alegría, de felicidad completa; que sea su «casino» y su «recreo». Que, de tan agradable, le resulte corto el tiempo de estar a mi lado y al de sus hijitos.

Deseo estuviese bien de posición económica, debido, tan solo, a su talento y a su laboriosidad.

No me gustaría ser la esposa de un aristócrata. Ni la de un político.

La profesión que en él deseo es la de un acaudalado industrial. A no ser ésta, cualquiera otra que prometiese un bonito porvenir. No me gustan ni la de juez, ni la de médico, ni militar, ni marino.

GALLEGUITA.

NÚMERO 57

¡Qué razón tienen al decir que las mujeres somos muy curiosas! Ved, si no, esta MUJER, que para enterarse de nuestros gustos y pensamientos, ¡nos hace cada preguntita! Ahora quiere saber cómo deseamos que sea nuestro marido; yo, el mío, lo deseo de un modo que, aunque corriente, es muy difícil hallarlo en estos tiempos en que sólo hay «muñecos» y «monigotes» sin sexo ni razón. Mi marido tiene que ser alegre y muy cariñoso, y que su mujer sea todo para él, que sea su lema. «Por mi Dios y por mi Dama»; me daría lo mismo que no fuese un gran intelectual ni un gran valiente; pero, que de ningún modo, fuese un torpe, un ignorante y un cobarde. Pasaría porque fuese distraído. Tiene que ser moreno, moreno, sin llegar a negro, y alto, alto, sin llegar a gigante. Toleraría que tuviese una boca grande... si tenía una bonita dentadura; pero que no fuese gordo, siempre hacen reír; ¡me acuerdo de uno!... Transigiría con que fuese feo, sin llegar a horrible.

Que se adapte a la vida actual, aunque con ideas siglo XIX, y que le gustase verdaderamente su carrera de... arquitecto que es la que más me gusta y que está exenta de peligros a mi entender.

MARI-NEL.

¿CÓMO DEBE SER LA MUJER?

NÚMERO 26

Excelencias espirituales preferibles:

Bondad, humildad y voluntad. Bondad, para atraerme; humildad, para someterse, y voluntad, para seguirme.

Las menos esenciales:

La zalamería. No crean ustedes por esto que soy de hielo.

Las deficiencias morales más insufribles:

A la mujer hombruna la aborrezco, pero no la temo.

Las más llevaderas:

La curiosidad en la mujer es algo así como el fumar en el hombre. Es perdonable.

Las dotes físicas más gratas:

No hay mujer fea con ojos bonitos.

Las menos estimables:

Con los adelantos de la tintorería, creo que es el color del pelo lo que menos debe importarme.

Defectos físicos más odiosos:

La joroba y las pecas.

Los más soportables:

Las orejas grandes. Con las patillas a lo golondrina se ven; pero esto me tiene sin cuidado, porque mi esposa ha de ser mujer de mucho pelo.

Ideas y opiniones que debería tener sobre la vida moderna:

Que todo le parezca bien. ¿Qué necesidad tiene mi mujer de meterse donde no la llaman?

Preeminencia social:

Con tal que no entienda de política, cualquiera.

Conocimientos y aptitudes:

Que mi mujer hiciera mal papel no me agradaría; pero hacer yo el de sabio consorte, me desagrada más.

IBERO.

NÚMERO 27

Excelencias espirituales:

La peor desdicha para el hombre es que cuando piensa en «su mujer» no piense en «su madre». La mujer, pues, debe tomar ese espejo y se sienta hija, amiga, esposa y «madre».

Menos esenciales:

La severa seriedad fuera del hogar, porque la tildaría de orgullosa.

Insufribles:

La seriedad (aún sin «severa») en el hogar. Su alegría (no risa) argentina debe vivificar a cuanto la rodea.

Más llevaderas:

Sellar con un beso la más pequeña disensión familiar.

Dotes físicas:

La belleza psíquica debe ser la que debe reverberar en sus físicas facciones. Todo es bello cuando se hace amar.

Menos esenciales:

La perfecta belleza física. Cada día echaría un trocito en el cocido.

Más odiosas:

Lo que la aproxime al sexo fuerte. Mari-macho suena muy mal.

Soportables:

La demasiada flexibilidad del talle y languidez de movimientos.

Opiniones e ideas de la vida presente:

Que sepa alejarse, e ignore de esas pequeñeces.

Preeminencia social:

La mujer (¡perdón!) y la gallina en casa. Pero no atada y con la pierna quebrada, ¿no?

Profesión:

¿Puede tener otra mejor que la de una buena esposa y mejor madre?

J. J. DE LA B. P.

NÚMERO 28

Excelencias espirituales:

Cariñoso y valiente.

Las menos esenciales:

La inteligencia.

Deficiencias morales más insufribles

El apocamiento.

Las más llevaderas:

Que le gusten otras mujeres.

Las dotes físicas más gratas:

Que sea alto, corpulento, moreno y con bigote. ¡Ah! Y que sepa bailar mejor que nadie.

Las menos esenciales:

Que tenga el pelo rizado, porque me ataca.

Los defectos físicos más odiosos:

La cojera. Los dientes sucios.

Los más soportables:

Ninguno.

Ideas:

Que sea un punto en toda la extensión de la palabra.

Desearía que como preeminencia social —aunque realmente no lo sea—, tuviese un Citroën para viajar juntitos la luna de miel y siguientes.

Profesión:

Cualquiera, con tal de que no sea ni indiano ni boticario, porque los hombres en este plan me crisan.

UNA COMILLANA.

Como

se llevan



Las echarpes

La echarpe ha llegado a ser un complemento indispensable de nuestro vestir, y las diferentes maneras de llevarla varían según el traje y la hora. He aquí, por ejemplo, una manera elegante de adornar la espalda de un vestido sencillo.

La echarpe se sujeta mejor, atada a un lado; esta manera de llevarla resulta práctica, principalmente, cuando la echarpe es de muselina de seda o de crespón de China muy flexible.

Todos los vestidos de noche que presenta «Chanel», llevan una echarpe de muselina de seda del mismo color que el vestido, sujeta sobre un hombro con una flor de terciopelo o de muselina.



Por la mañana, con el traje de sastre, la echarpe se anuda como una corbata. Se hace mucho en «toile» de seda listada, y tiene entonces un aspecto muy masculino. El pañuelo cuadrado, anudado por delante, forma un cuello encantador para los vestidos de «toile» y hasta los de «crepella».

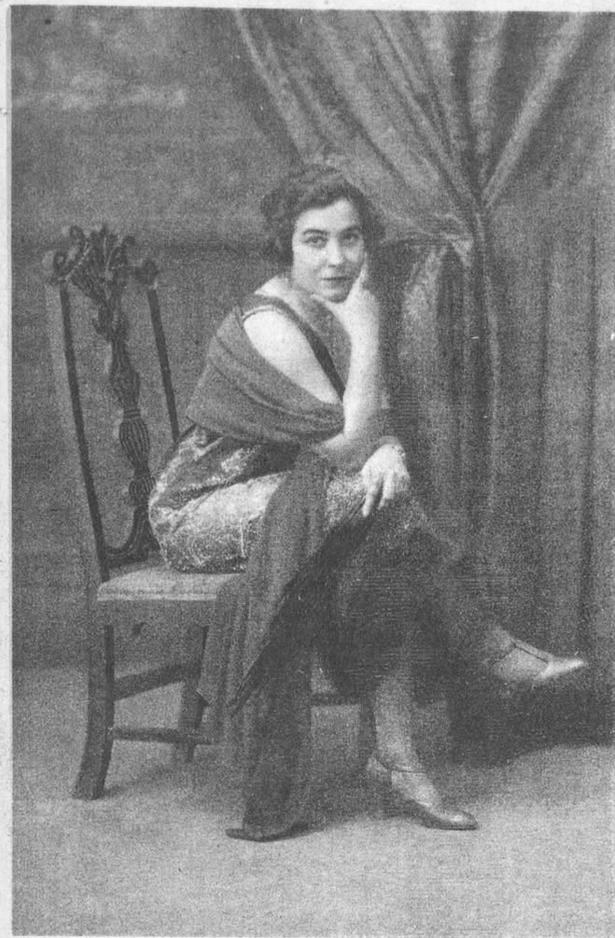


Para estar en casa, un amplio pañuelo, plegado sobre los hombros, resulta menos vulgar y menos molesto que la echarpe, a la que actualmente sustituye con frecuencia.



Esta es una manera graciosa de anudar el pañuelo de seda debajo de la levita o del abrigo. Es preciso que el pañuelo sea muy amplio y muy flexible.

LAS ARTISTAS ESPAÑOLAS Y LA ELEGANCIA



Fotos. NOVELLA-VALENCIA.



MODELO WORTH

Nada podía realzar mejor la singular vivacidad del rostro y la figura de Margarita Xirgu, que el tono ardiente, entre naranja y fúego, de este vestido de muselina de seda, con echarpe igual, bordado en oro y azul y adornado con piel de marta.



MODELO MADELEINE ET MADELEINE

De una suntuosa y multicolor salida de teatro de estilo indio un capricho, un tanto «iconoclasta» de la genial actriz, ha hecho un «deshabillé», en cuya originalidad se refleja quizá la de su espíritu inquieto y renovador.



MODELO LUCIEN LELONG

Solamente una morena de ojos negros y brillantes, de rostro expresivo y rasgos acusados como la genial creadora de «Martaneta», podía permitirse con éxito el atrevimiento de esta sinfonía en amarillo: vestido de «crepe Georgette», amarillo claro, adornado con un zócalo de piel de «renard» amarillo oscuro y bordado en oro.

*Margarita
Xirgu*

MODELO JEANNE LANVIN

En el segundo acto de «La dama de las Camelias» luce Margarita Xirgu este adorable vestido de «glace» blanco, adornado con anchas flores de terciopelo rosa fuerte, recortadas sobre tul rosa pálido y cinta de otomán azul Nattier.

LOS GRANDES MODISTAS



O se habla en estos momentos en París más que del *smoking*... ¿Se llevará, realmente? Los espíritus malhumorados se indignan contra este resurgimiento de la moda casi masculina; los optimistas declaran esta chaquetita corta... adorable; los demás — y entre estos me cuento — consideran este capricho con placidez.

Lo cierto es que hay siempre en París un sombrero y una moda que hacen furor en febrero, que todo el mundo quiere tener pronto, pronto..., y de los cuales, todo el mundo se cansa antes de que termine el mes de marzo. Hemos tenido la *toque* bicolor de *Reboux* que, apenas creada, apareció en todas las casas dedicadas a la copia de modelos, de tal suerte, que la tomamos odio antes de habérsela puesto. Hoy tenemos el *smoking*, es decir, la chaquetita corta de color oscuro, negro, azul o marrón, que se lleva con una falda listada o a cuadros. Con este traje, se impone una blusita con chorrera, a fin de corregir su estilo excesivamente masculino. También os aconsejo la faldita en forma, o plisada. Podéis hacer la chaqueta en terciopelo, ribeteada con un galón, o en pana, de la que tanto se habla en estos momentos. Pero es preciso que el corte sea impecable, y que los zapatos, el sombrero, todos los detalles, en fin, hagan juego con el traje y formen un conjunto perfecto.

¿Durará esta moda? ¿Caerá pronto el *smoking* en la vulgaridad, en la elegancia dudosa y mediocre? No sé todavía. Con el pelo muy corto y echado hacia atrás, este trajecito tiene un aire francamente deplorable... llevado por una mujer distinguida, puede ser encantador. Os aconsejo que seáis prudentes, como aconsejo todos los años en esta época. Debe desconfiarse mucho de los primeros modelos que salen; los almacenes de novedades se apresuran a reproducirlos en grandes cantidades, y su adocenamiento hace que los abandonen al punto todas las mujeres de verdadera elegancia.

Hemos tenido estos últimos tiempos infi-

El trajecito de «sport», de «Patou», es de kasha «beige», con una falda de «kashatoil mil-plis» marrón, y un cuello de este mismo tejido.

Abajo, a la izquierda, trajecito de «reps» azul, adornado con un galón azul pastel y oro, y con una chorrera blanca plisada.

Arriba, en el centro, vestido de alpaca, azul marino, subrayado por una trenquilla de seda azul pastel y negro, y adornado con botones azul pastel.

El vestido de «Nicole Groult» presenta un pequeño efecto de *bolero*; es de crespón de China azul marino, sobre un «fourreau» de piqué blanco, y va adornado con franjas de piqué blanco también.

Abajo, trajecito de *sastre* de reps azul marino, adornado con piqué blanco. Unas tablas huecas dan vuelo a la falda.

JEAN PATOU

MARTIAL ET ARMAND

NICOLE GROULT

CHARLOTTE



JEAN PATOU

MARTIAL ET ARMAND

Vestido de alpaca, verde ajeno, adornado con un volante de «crepe Georgette» y con flores de esta misma tela, bordadas.

JOSEPH PAQUIN

Esta levita de crespón de China, azul marino, está colocada sobre un vestidito con volantes plisados, de muselina estampada, azul marino y blanco, sobre fondo azul fuerte.

D'AILLET

Vestido de crespón de China, parma, con un delantal y una chorrera plisados, bordeados con crespón de China violeta. Idéntico volante termina las mangas.

JOSEPH PAQUIN

Encantador trajecto de crespón de China, negro, con una chorrera plisada, blanca, y una ancla cintura de «faille».

nidad de tés selectos que han consagrado la boga de los vestidos de encaje. Bajo el amplio abrigo de visón, un vestido de encaje del mismo tono, acompañando un sombrero de terciopelo «rubio», constituye una de las toaletas que actualmente gozan de más favor. Los vestidos de encaje se arrugan menos que los de muselina de seda, lo cual no deja de ser también una ventaja. He visto mucho encaje rojo sombrío o castaño, mientras que el encaje verde parece que queda reservado para la noche. Pero el encaje negro, más práctico que ninguno, no se ha abandonado, a pesar de todas las fantasías de color. Se anima con una flor de color vivo.

Vestido de crepalga, «vieux bleu»; los bolsillos, el cuello y los puños son de ante del mismo tono, recortado sobre un viso blanco.



CHARLOTTE

Vestido de muselina de seda verde almendra, con echarpe del mismo tejido y del mismo color. La falda está compuesta de una combinación de «panneaux» plisados y «panneaux» lisos.

Las formas son bastante sencillas, pues la riqueza del tejido no requiere grandes adornos. El vuelo sigue colocándose por delante, y el cuerpo, escotado en forma de V, deja ver un canesú de muselina blanca o crema. Creo que veremos también muchos volantes.

Los jumpers de encaje, llevados con faldas de muselina de seda, son encantadores; he visto uno de encaje beige bordado con cuentas de madera y lentejuelas de cuero del mismo color; estaba colocado sobre una falda en forma de muselina de seda beige, y esta falda, sobre otra de muselina marrón.

La parisina —conocidísima, por supuesto— que lucía este traje, se tocaba con un sombrero de gros-grain, beige, cuya copa, muy alta, estaba rodeada de gros-grain marrón; los zapatos eran de piel de lagarto, en tono claro; resultaba realmente vestida a la perfección.

En el mismo té en que la ví, atrajo mi atención un vestido de Vionnet: este vestido estaba enteramente labrado, formando unos plisaditos muy menudos que iban unos en un sentido y otros en sentido opuesto, lo cual formaba anchos dibujos; el efecto resultaba muy nuevo.

Decididamente, la moda primaveral no ha de tener más adorno que el de labores de paciencia, ejecutados en la tela misma del vestido o con otra tela. Esto es sumamente refinado y de una sencillez de muy buen gusto.

MARTINE RÉNIER.



CHARLOTTE

Vestido de muselina de seda rosa, adornado con una cintura de ténue bordado de oro mate. La falda forma numerosos canelones.



JEAN PATOU

La línea de este vestido de crespón negro, plegado en la cintura, es completamente nueva; la túnica en pico resulta graciosa a la par que elegante.



JOSEPH PAQUIN

Vestido de muselina de seda «beige» muy claro, bordado con abalorios de oro, y adornado con aplicaciones de «tisú», de oro mate.



DOEILLET

Vestido de muselina de seda verde manzana, colocado sobre un viso de encaje del mismo color. La espalda es amplia; una gruesa flor adorna la cintura.

Un abrigo de noche, fruncido



Se corta un trozo de tela —terciopelo o *lamé*— de 130 centímetros de alto por 60 de ancho. Se miden, por la orilla, 15 centímetros, que servirán para determinar la superficie del cruce. La doble dimensión de 30 centímetros, tomada en el borde superior de la tela, os llevará hasta el punto A. Desde el ángulo C hasta B, se miden 10 centímetros. Se une con una curva, B a A, y se frunce. Se traza desde A hasta D una línea de 14 centímetros que alcance un bies de 6 centímetros, y que formará la línea del hombro. Desde este punto D se recorta la sisa de la manga, dando unos 17 centímetros al eje de esta sisa; luego, desde el borde inferior del abrigo hasta el punto E, se recorta, abiesando unos 5 centímetros.

Esto constituye la mitad del delantero; basta con repetir estas operaciones en otro trozo de tela idéntico al primero, para tener el delantero completo.

La espalda (fig. 2) tiene el mismo ancho que las dos piezas del delantero, pero su largo es solamente de 126 centímetros en lugar de 130.

En el borde superior de la espalda, en el centro, se miden 24 centímetros que se recortan, redondeando, unos 2 centímetros y se forma así la curva A' B'. Se traza el bies de los hombros como los del delantero, pero a los ejes de las sisas se les dan solamente 15 centímetros en lugar de 17.

Queda por hacer la manga (fig. 3); sus dimensiones serán 50 por 60 centímetros; se recorta el borde que va pegado al hombro, en la forma que indica el grabado; para que las dos mitades resulten absolutamente iguales, debe doblarse la tela por la mitad antes de cortar. Se fruncen las bocamangas y se pegan las diversas piezas unas a otras.

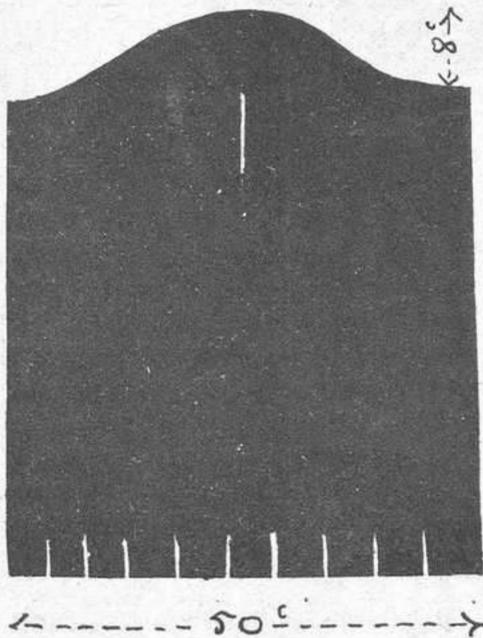


Fig. 3.

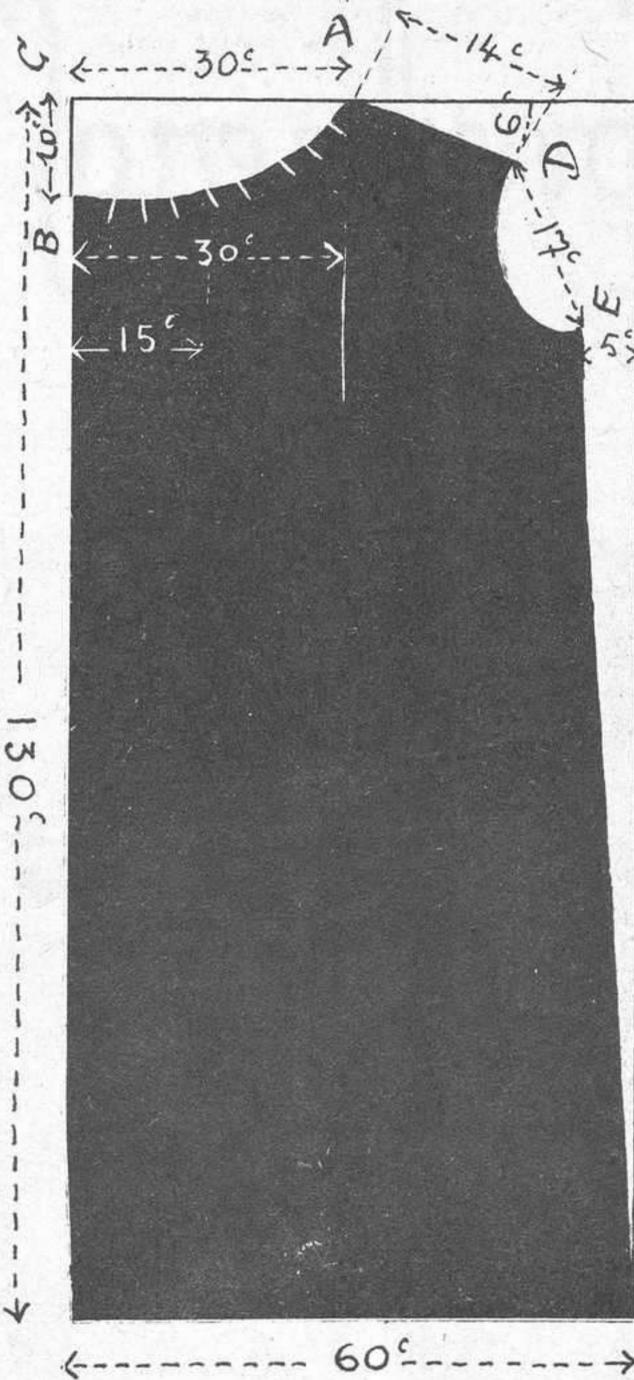


Fig. 1.

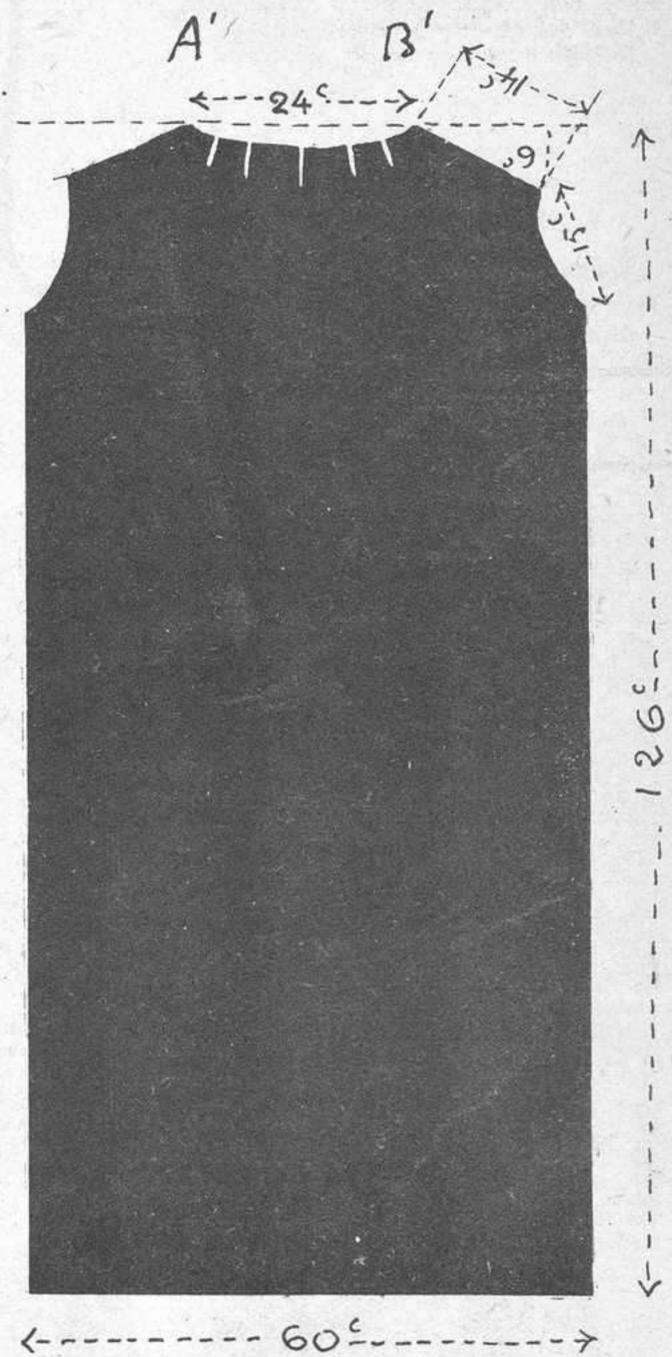


Fig. 2.



Sombrero de paja «perlée» roja, adornado con cinta de «faille» encarnada y cinta de «faille» rosa, en tonos «degradés».

Sombrero de ante encarnado, labrado y bordado con tiras de cuero; hace juego con él una echarpe de ante y kasha.

Sombreros

Sombrero de fieltro rojo oscuro, adornado con una cinta plisada que forma un efecto de pluma flexible.

Sombrero de «gros-grain» marrón y paja del mismo color. Lo adorna, a un lado, un motivo en oro y marrón.





LEWIS

Está actualmente muy de moda este nuevo capricho, que consiste en una boina que forma la parte superior de la copa de un sombrero muy pequeño y muy alto.



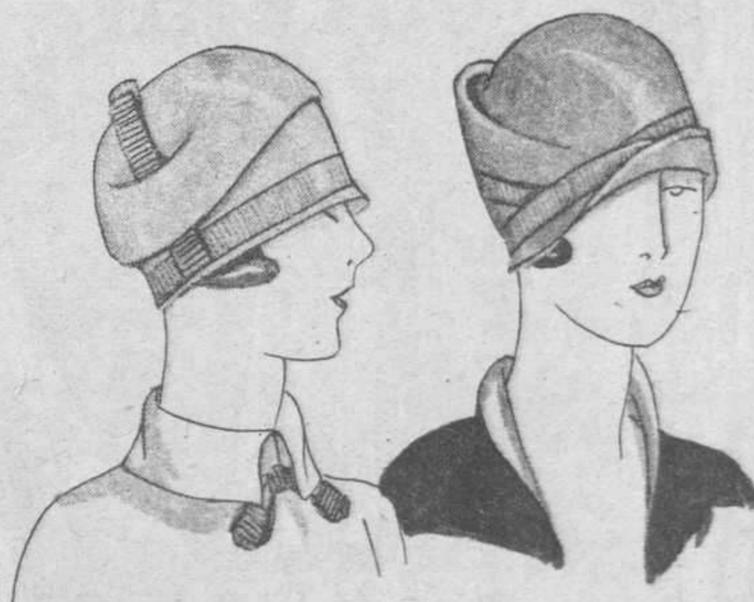
LE MONNIER

Sombrero de fieltro verde, en forma de diadema, adornado con cintas de «gros-grain» del mismo color.



LEWIS

Bonita disposición de cinta «gros-grain», que forma un dibujo «beige» marrón y «tete de nègre».



LE MONNIER

LE MONNIER

Sombrero de paja, color palo de rosa, adornado con una cinta de «gros-grain» plisada, y sombrero de «bangkok», color «beige» sonrosado, adornado también con «gros-grain».



LEWIS

Otra copa-boina, pero esta está enteramente compuesta de cintas «gros-grain».



LEWIS

Por último, el «gros-grain» rey de la estación, forma también este sombrero gris claro, adornado con una hebilla de perlas y brillantes.

Vestido de «crepe Georgette», azul pastel, con anchas flores de un azul más oscuro y con un grueso ramo de flores de terciopelo azul. Un plisado menudo y cosido sobre los hombros da vuelo al cuerpo; la falda va plisada a tablas planas, sin planchar.

Vestido blanco con flores rosas y rojas, de tallo verde oscuro; el escote va rematado por delante, formando una lazada de un movimiento muy gracioso; las mangas van abiertas sobre el brazo; una túnica, más corta por detrás que por delante, adorna la falda, que está cortada muy en forma.



Nos ha parecido interesante reunir aquí una colección de vestidos de muselina de seda y de «crepe Georgette» estampados, que tan de moda están en la actualidad. Este modelo es un vestido de crespón de China verde ajeno con dibujos amarillos y azules y vivitos azules.

Vestido de muselina de seda blanca con flores rojas. La túnica va bordeada por un estrecho volante de muselina de seda plisada, roja, del mismo matiz que las flores. Idéntico volantito en la parte superior de las mangas y en las bocamangas; botones de galatita roja en la cintura.

MUSIELINA = ESTAMPADA

Vestido de muselina de seda negra, con flores rojas; lleva amplias solapas, formando chorrera, y una cintura plegada, estrechada por delante por una lazada. Falda de mucho vuelo.

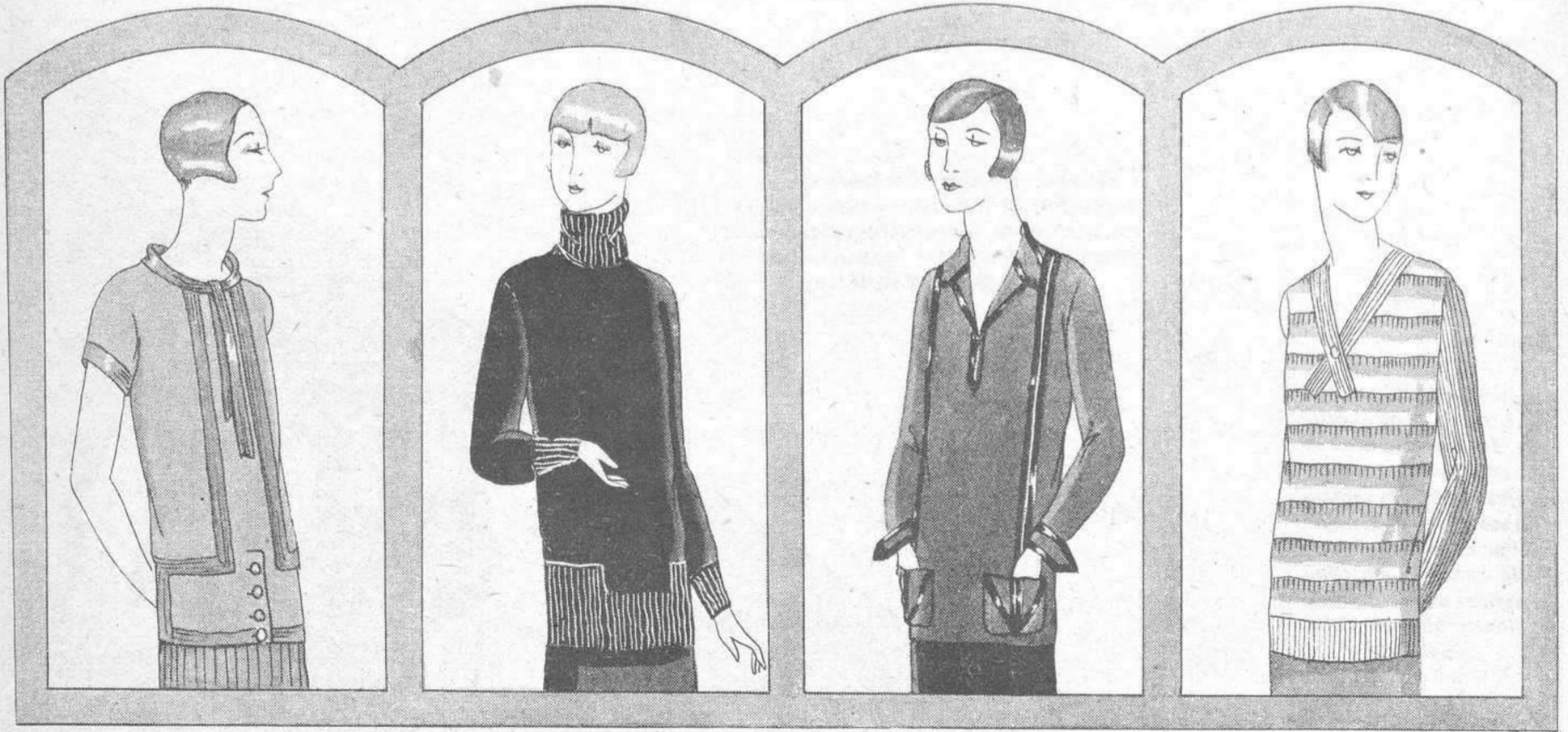
El cuerpo de este vestido, de muselina de seda amarillo pálido, con dibujos negros, va colocado sobre un viso de muselina de seda negra; de esta misma muselina negra es uno de los tres volantes que componen la falda.



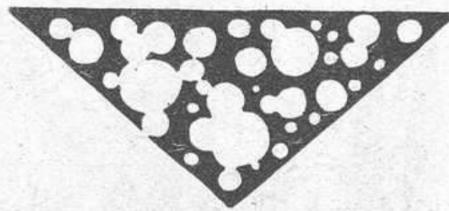
Vestido de crespón de China verde, con florecillas amarillas estampadas. Cuello y cintura de crespón de China liso, verde más oscuro. «Panneaux» plisados por delante y a los lados.

De crespón gris y blanco, subrayado por tiras de crespón de China gris, liso, es este modelo. La amplia falda tiene una gracia especial.

SWEATERS

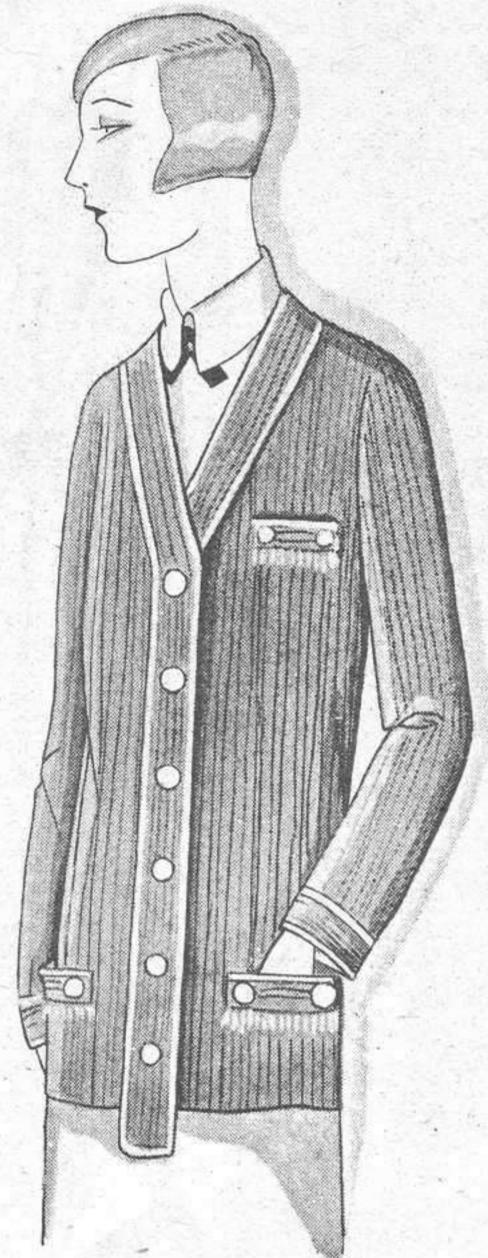


Los sweaters de jersey resultan muy prácticos para deportes o acompañando el traje de sastre. He aquí, —de izquierda a derecha— uno de jersey angora rosa, bordeado de cuero. Otro, para deportes, de punto verde oscuro. Un bonito jumper de kasha «beige», adornado con cuero del mismo color. Y un jersey listado, sobre cuyo escote en pico, una tira cruzada pone una notita de fantasía.



«Casaque» de jersey de seda estampado, adornada con jersey de seda liso.

Para deportes o para llevar debajo del abrigo, nada más práctico que el «chandail» de lana merino muy fina.





Un cinturón de ante marrón pasa por unos ojales, ribeteados de ante, en esta «casaque» de jersey «beige».



Sweater de mañana, adornado con galones, que forman un enrejado. Las listas son del mismo color que el jersey, pero en otro matiz; gruesa corbata de raso encerado.

En el centro, «casaque» de «crepe satin» negro, adornada con un galón de listas multicolores.



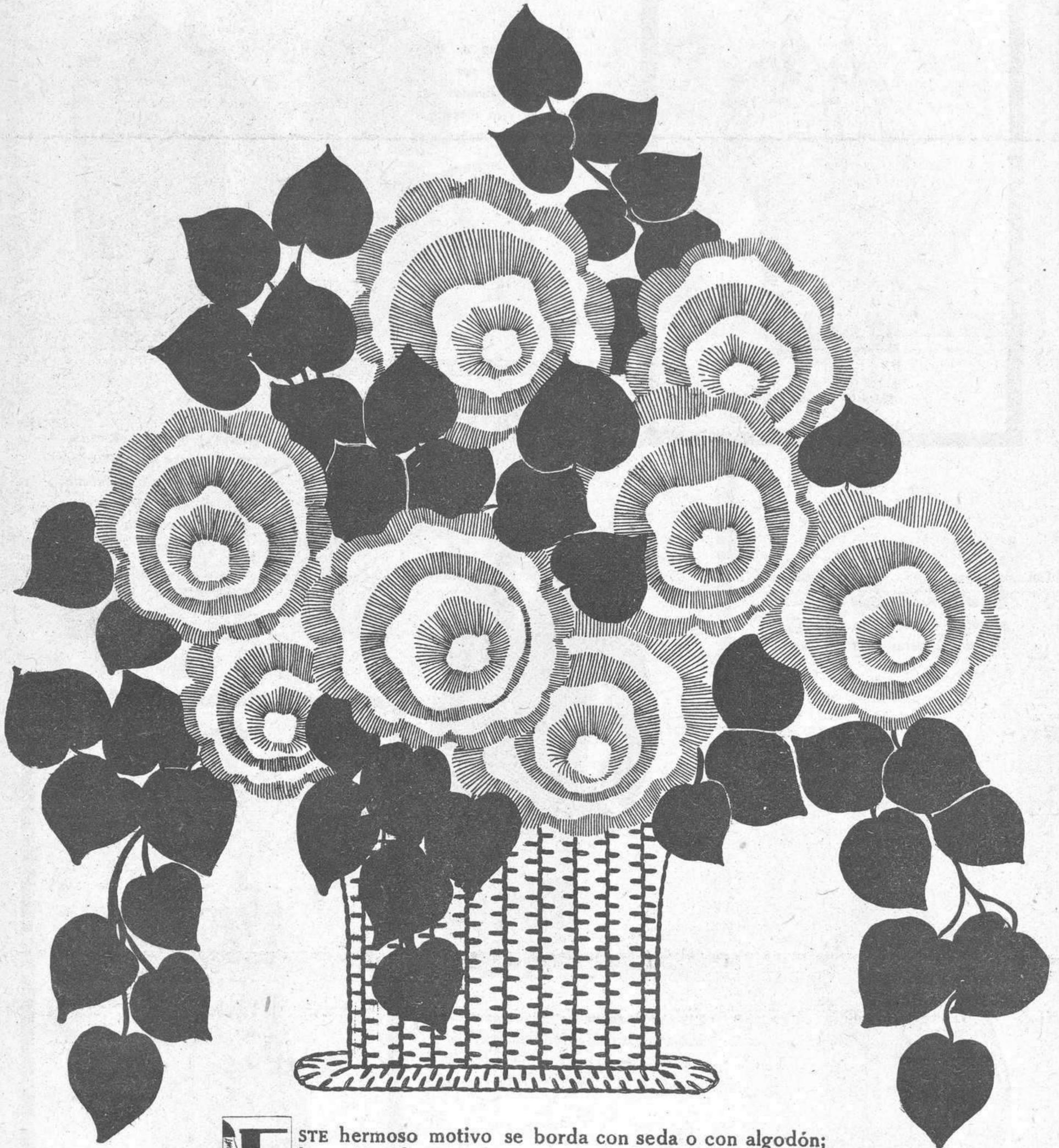
La franela vuelve a estar de moda; esta «casaque», listada de una manera original, va bordeada por un jaretón de pana marrón; de la misma pana es la echarpe.



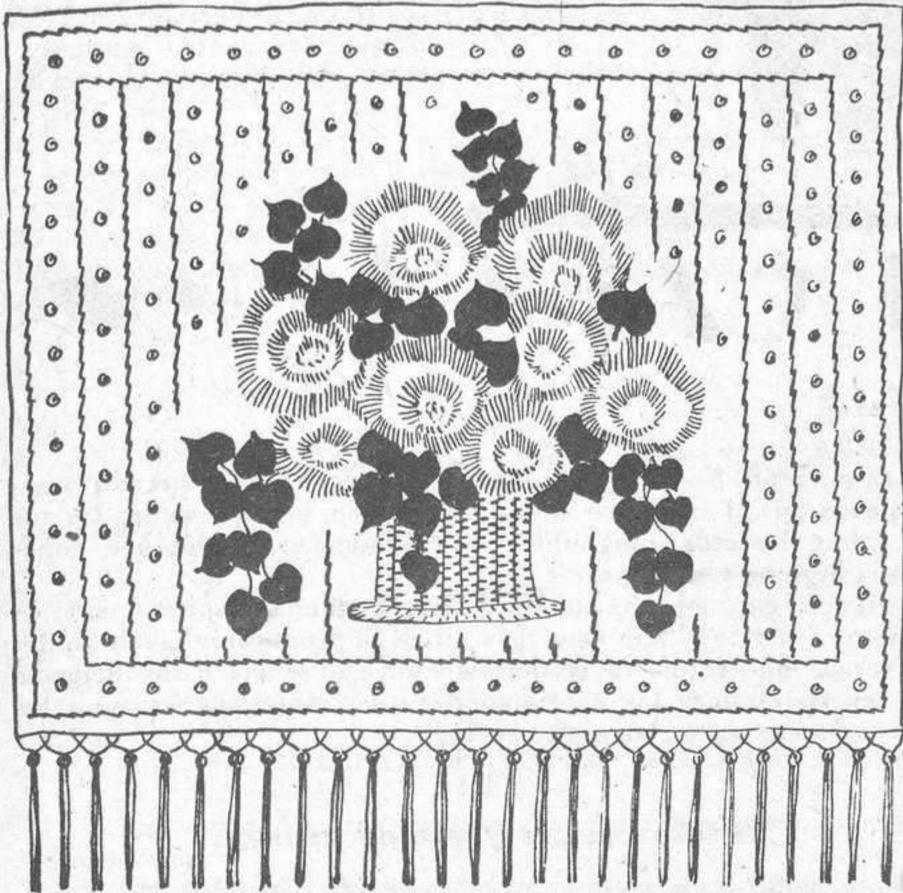
El encaje de lana constituye una bonita fantasía. Esta «casaque» es de encaje «shetland» bordeada de kasha.



Bordados Modernos



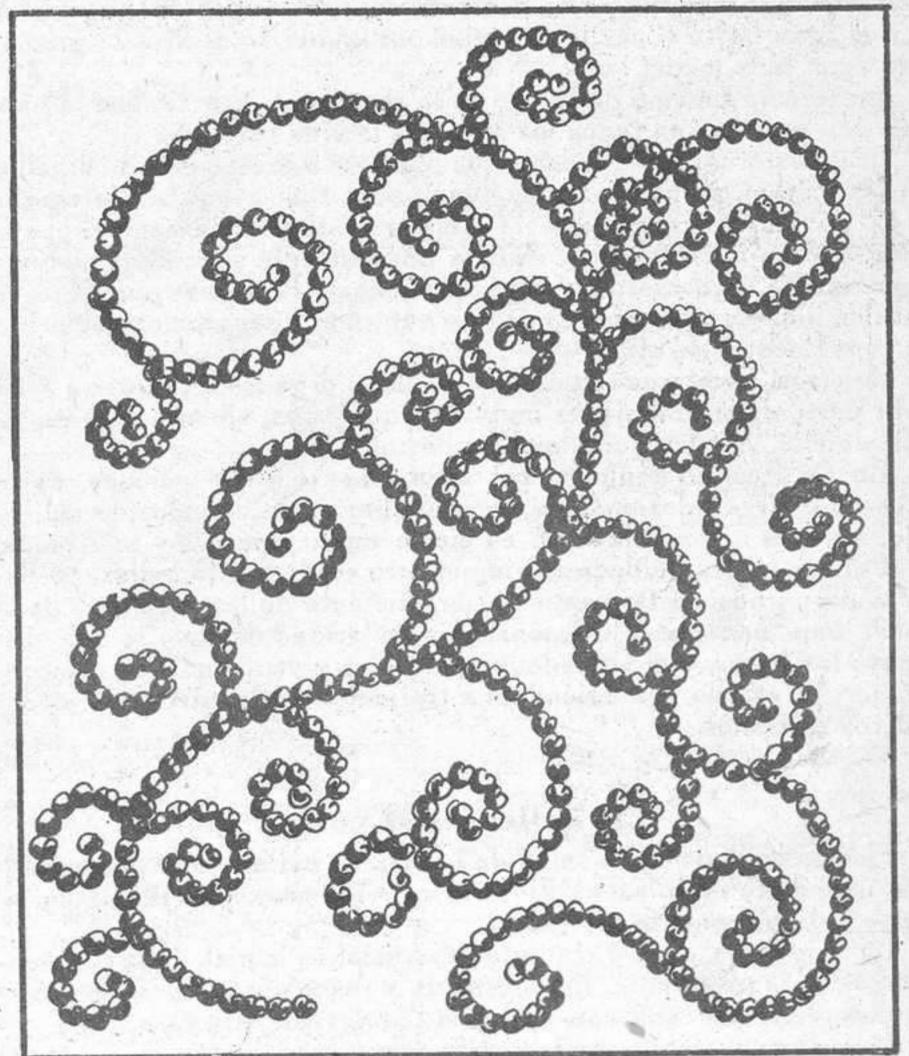
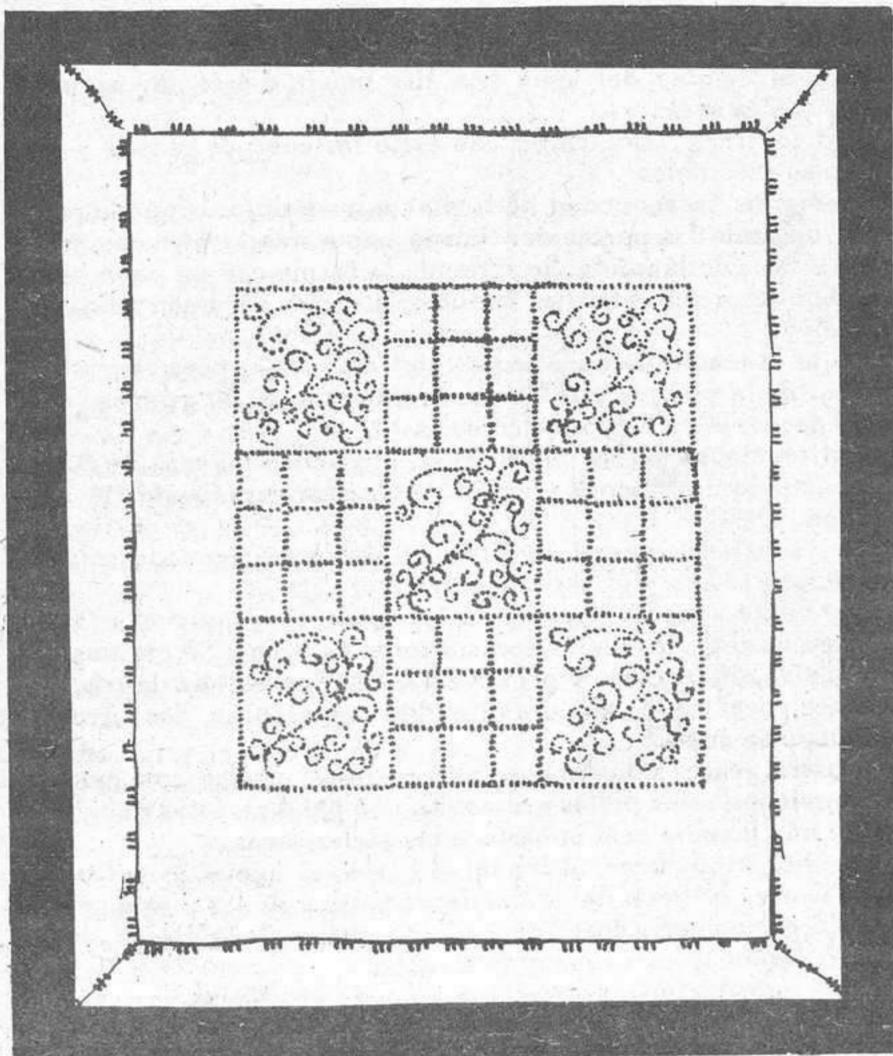
ESTE hermoso motivo se borda con seda o con algodón; la cesta se hace a punto de *grébiches*. También puede pintarse con tintas planas la parte listada de las flores, y figurar estas listas con unos trazos de oro o bordándolos en seda a punto lanzado. Las hojas se pintarán en negro o en verde oscuro.



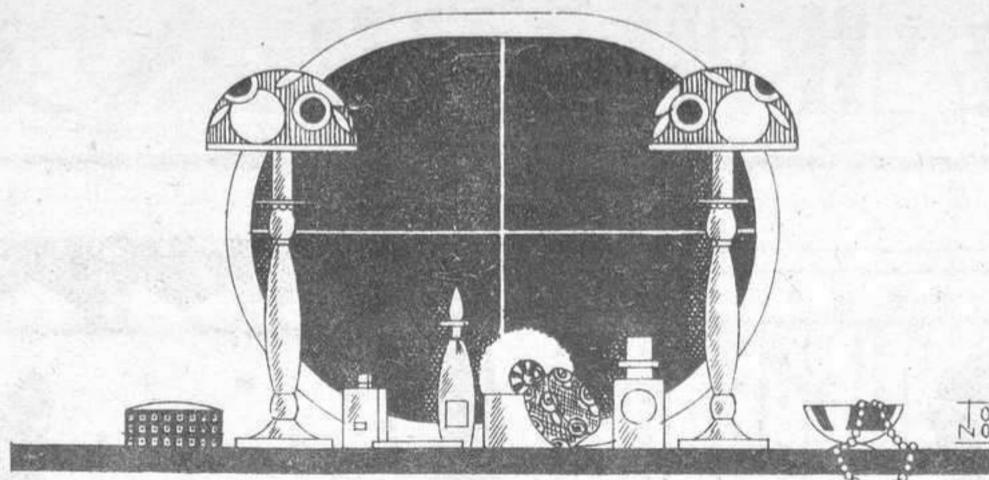
Una de las aplicaciones que se le pueden dar al motivo grande: se ha empleado aquí para un cubretetera de «toile» antigua; el fondo va listado a punto lanzado y lleva lunares a punto de nudo.



El mismo dibujo aparece aquí sobre un fondo de raso negro, liso; las flores son de color vino de Burdeos y las hojas verdes. Los puntitos están bordados en seda vino de Burdeos.



Este motivo puede reproducirse con abalorios o bordarse a punto de nudo. Es muy propio para un mantelillo o para un almohadón.



EN EL TOCADOR

EL CUTIS

Los consejos y recetas relativos a los cuidados de la piel, a su belleza y a su higiene, que *MUJER* publica hoy y seguirá publicando en otros números, han sido extractados de la obra «*Pour être belle*» —«*Para ser bella*»— de la colección «*Femina-bibliothèque*», editada por la casa Pierre Laffite, de París.

I

Las funciones de la piel.

¿Quién no ha sentido alguna vez la curiosidad de examinarse la piel con microscopio? Aparecen entonces infinidad de agujeritos, o poros, por los que se cumplen las diversas funciones de nuestra envoltura corpórea que es, a la vez, el más importante de nuestros órganos. En efecto; la piel se extiende sobre toda la superficie de nuestro cuerpo. Es finísima y tiene, sin embargo, una gran resistencia, puesto que sirve de intermediario entre nuestro cuerpo y los cuerpos extraños. La piel difiere de las mucosas, en que éstas consisten en una membrana perfectamente húmeda, mientras que la piel es relativamente seca, y sus diversas funciones son casi invisibles.

La más importante de estas funciones es la *exhalación*, que permite al cuerpo echar fuera ciertos residuos de la nutrición. Es la transpiración, de la que Lavoisier evaluaba la importancia entre uno y dos quilos en cada veinticuatro horas.

En el espesor de la piel existen glándulas diminutas, llamadas glándulas cutáneas, que segregan una especie de jugo adiposo destinado a suavizar la envoltura del cuerpo.

En cuanto a la función absorbente de la piel, es tan real, que, por experiencias famosas, se ha demostrado que una persona sumergida en el agua hasta el cuello, absorbe, por la piel, unos 20 a 22 gramos de agua cada media hora.

La tercera función de la piel es la sensibilidad táctil, que la hace ser tan preciosa en todos los actos de la vida exterior.

Todo esto nos lleva a decir que nunca son excesivos los cuidados de la piel, ni las precauciones que puedan tomarse para protegerla.

Y es tan necesario para la salud, y hasta para la vida, el que la piel esté en buen estado y cumpla normalmente su misión, que una persona de cuyo cuerpo se tapase solamente la tercera parte con un barniz impermeable, caería pronto enferma, y seguramente moriría a consecuencia de ello.

Además, puesto que la piel ayuda a los órganos interiores a cumplir parte de su trabajo, es imposible que éstos, además de prescindir de ella, se encarguen también de su oficio.

En fin, cuando la piel ejerce normalmente sus funciones, da al cuerpo belleza y lozanía. Es como un barniz de un colorido delicado, a través del cual la vida, en cierto modo, aparece y se esponja.

Por eso, antes de dedicar ningún otro cuidado a la belleza, debemos ocuparnos en favorecer el cumplimiento de las funciones de la piel, limpiándola con frecuencia y regularidad de todo lo que obstruye los poros, y guardándonos mucho, por otra parte, de comprometer su estado, sometiéndola a tratamientos fantásticos o a contactos malsanos.

II

La belleza del cutis.

Hemos hablado de la salud de la piel; su belleza es la consecuencia inmediata de su salud. El cutis es bello cuando es fino, liso, lozano y discretamente coloreado.

La epidermis, que es el tejido superficial de la piel, debe ser esencialmente transparente. Está formada y renovada por una secreción de las glándulas sebáceas, bastante comparable a la cera.

La belleza del cutis es tanto más floreciente cuanto más normal es su funcionamiento.

En las personas de vida sedentaria, el período de belleza suele ser el verano, es decir, el período del calor, durante el cual la exhalación es más intensa.

En cambio, las personas que hacen una vida activa, tienen el cutis más bello durante la primavera, el otoño y hasta el invierno, pues realizan un trabajo corporal que facilita la labor de los poros.

Estas personas tienen en verano la piel demasiado coloreada o estropeada por el exceso de trabajo. Ellas son, más que nadie, las que no deben descuidar ninguno de los cuidados especiales que imponen la higiene y la elegancia.

Además, esos mismos cuidados se recomiendan especialmente en invierno, cuando el frío hace más difícil la producción de la materia serosa que forma la epidermis y cuya ausencia o insuficiencia pueden determinar las enfermedades o las molestias físicas a las que están expuestas las pieles secas.

III

Pieles secas y pieles grasas.

Toda mujer debe conocer exactamente la naturaleza de su piel. Hay dos clases de piel: las secas y las grasas.

Es evidente que los tratamientos que convienen a unas deben ser nocivos para las otras. Por eso, nunca será excesivo el cuidado que pongáis en no emplear más que productos de belleza favorables a la naturaleza de vuestro cutis. Lo mejor sería que vuestro régimen general de existencia y vuestra alimentación fueren igualmente apropiados al estado de vuestra piel. Claro está que los cuidados externos son bienhechores; pero es tal la importancia orgánica de la piel, que no podría adquirir su pleno resplandor sin una severa vigilancia de la higiene general.

En principio, las pieles secas deben ser estimuladas; será, pues, preciso evitar el ponerlas en contacto con productos astringentes que forzosamente cierran los poros.

Evitad el empleo del agua fría, del limón, del té, del alumbre, para las pieles secas.

Por el contrario, emplearéis con éxito los cuerpos grasos y ciertas cremas racionales.

Remediaréis la sequedad de la piel, a menudo ocasionada por el viento, untando las partes del cuerpo expuestas al aire con «cold-cream» a base de lanolina. Se extiende la crema con un paño húmedo, se deja secar durante diez minutos, luego se seca con cuidado y se empolva.

He aquí la receta de un «cold-cream» muy eficaz para combatir la sequedad de la piel: Aceite de almendras dulces, 60 gramos; manteca de cacao, 60, y ácido salicílico, 2.

Las alteraciones de las pieles secas, provienen las más de las veces del empleo de jabones o aguas de tocador excesivamente alcoholizados.

Por el contrario, puede aconsejarse el uso del agua de salvado, agua de malvavisco y glicerina neutra.

La siguiente agua de tocador es excelente y conviene al tratamiento general de las pieles secas: Flores de saúco, 50 gramos; flores de malva, 50 gramos, y primaveras, 50. Dos bulbos de iris.

Se hace cocer todo ello durante diez minutos en dos litros de agua; luego se cuela.

Los astringentes y los polvos absorbentes, usados con moderación, convienen a las pieles grasas. En una palabra, éstas deben tratarse de una manera casi opuesta a las pieles secas.

El alcohol, el alumbre, el limón, el bórax, el huevo, constituyen, generalmente, la base del tratamiento clásico de las pieles grasas.

Las decocciones de flores de espliego, de pétalos de rosa, de hojas de té, también les son muy favorables.

La siguiente loción es excelente y puede emplearse varias veces al día: Agua, un litro; pétalos de rosa, un puñado; primaveras, un puñado; raíz de serpentaria, 25 gramos.

Se hace cocer durante un cuarto de hora, luego se cuela.

Para los poros dilatados debe rociarse a menudo la piel con agua fresca.

La crema siguiente conviene a las pieles grasas: Agua de rosas, 100 gramos; jugo de bulbo de azucena, 20; cera blanca, 30; tintura de benjuí, 10; alumbre en polvos, 6.

(Continuará en el número próximo.)

SUMARIO DEL NÚMERO 30

Retrato de la Marquesa de Laula, pág. 33.
Visitas de MUJER. (Margarita Crespi de Valldaura, hija de los Marqueses de Vega de Bœcillo), por Carmen de Avila, páginas 34 y 35.
Una información de MUJER: Respuestas de Concha Espina y José Moreno Carbonero, págs. 36 y 37.
El arte de no decir nada: Por carretera, por Fabricio Madrid, página 38.
La otra mujer. Cuento por Frederic Arnauld Kummer, traducido del inglés por María España e ilustrado por Varela de Seijas, páginas 39, 40, 41 y 42.
Concursos: El marido.—La mujer, págs. 43 y 44.
Detective por amor. Novela por R. C. y L. Leighton, págs. 45 y 46.
Cómo se llevan las echarpes, pág. 47.

Las artistas españolas y la elegancia: Margarita Xirgu (5 fotografías de la eximia actriz), págs. 48 y 49.
Los grandes modistas. (Últimas creaciones de Dœillet, Patou, Nicole Groult, Martial et Armand, Charlotte y Paquin), págs. 50, 51 y 52.
La costura en casa: Un abrigo de noche fruncido, pág. 53.
Sombreros. (Modelos de Jane Blanchot, Lewis y Le Monnier), páginas 54 y 55.
Vestidos de muselina estampada, págs. 56 y 57.
Sweaters, págs. 58 y 59.
Labores: Bordados modernos, págs. 60 y 61.
En el tocador. (Consejos de belleza), pág. 60.
Sumarios y pasatiempos, pág. 63.
Nuestros servicios de patronos y de labores, pág. 64.

SUMARIO DEL SUPLEMENTO QUE ACOMPAÑA A ESTE NÚMERO

La amistad incógnita.
La página de las lectoras.
Lady Irene. Novela.

La cocina del tiempo.
He recibido su carta, por C. de A.
Historieta.

Los compradores de MUJER pueden adquirir una de estas cuatro cosas:

- 1.º La edición corriente sin Suplemento, que vale 50 céntimos.
- 2.º La edición corriente con Suplemento, que vale 80 céntimos.
- 3.º La edición de lujo sin Suplemento, que vale una peseta.

- 4.º La edición de lujo con Suplemento, que vale 1,30 pesetas.
- El **Suplemento** no se vende suelto.
 Los precios de suscripción con y sin **Suplemento**, y en una o en otra edición, pueden verse en la sección de anuncios.

PASATIEMPOS

SEGUNDA SERIE

INDICACIONES

HORIZONTALES

1. Máquinas.—10. Noche.—13. Pueblo de Lérida.—14. Tontea.—15. Fruta.—16. Tienen poca densidad.—18. Interjección.—19. Vigilar.—20. Pueblo de Huesca.—22. El agua del mar.—23. Tiempo de verbo poético.—24. Timar.—25. Para machacar.—26. Artículo.—28. Sonido.—29. Para recibir.—30. Prefijo.—31. Pueblo de Santander.—33. Sin rabo.—35. Adverbio.—36. Igual.—37. Para saber la hora.—39. Hijo de Adán.—40. Apócope.—42. Objetos.—44. Pueblo de Burgos.—45. Naípe.—46. Libro sagrado.—48. Libro de marineros.—50. En la.—51. Grupos.—52. En verano.—54. Protestad.—57. Metal.—59. Más agradable.—60. En los aeroplanos.—62. Trampas.—64. Sentido.—65. Instrumento musical.—67. Roedor.—68. Pueblo de Zaragoza.—69. Darán golpes.

VERTICALES

1. Hogar.—2. En el mar.—3. Quitar los posos.—4. Tienen huesos.—5. Prefijo.—6. Enfermedad.—7. Pieza de artillería.—8. Animal grande.—9. Nombre geográfico.—10. Tiempo de verbo.—11. Tiempo de verbo.—12. Para no caerse.—15. Rapado.—17. Gusto.—19. Instrumento de cocina.—21. Ganado.—22. En el mar.—25. Todos tenemos.—27. Barros.—29. Sabio de Grecia.—30. Tiempo de verbo limpio.—32. Planta purgante.—34. Plazas pagadas.—35. Terminación verbal.—38. Monte de jara.—41. Opinar o elegir.—43. Para edificar.—46. Tonalidad.—47. Trampa.—49. Vende décimos.—51. A distancia.—53. Dar vueltas.—55. Todos tenemos.—56. Pueblo de Gerona.—58. Clara.—60. Río francés.—61. Nombre árabe.—63. En el cielo.—65. Voy.—66. Contracción.

29. PALABRAS CRUZADAS

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
13				14					15		
16			17		18			19			
	20			21				22			
23		24						25			
26	27		28				29				30
31		32		33		34				35	
36				37				38		39	
40			41		42			43		44	
45			46		47			48		49	50
		51					52			53	
54	55					56		57			58
59					60		61		62		63
64				65			66		67		
68				69							

30. PROBLEMA

BC

NAL

A

CASICES

CUVA

MONA

Se trata de coger cada uno de estos grupos de letras y mezclar las que tiene con las del nombre de una flor; una vez hecho esto, con cada uno de los seis grupos de letras que resultan hay que formar una palabra, que significará, respectivamente: Pájaro, Tela, Ría, Operador, Nombre de varón y Caridad. Con las iniciales de las palabras así encontradas, hay formar el nombre de otra flor.

SERVICIO DE PATRONES



MUJER ofrece a todas sus lectoras, el medio fácil, de reproducir.

CUALQUIER FIGURÍN DE MODAS

que se publique o se haya publicado en esta revista. Para ello, toda lectora que lo desee, deberá las siguientes indicaciones:

1.^a El número y fecha de la revista y el número de la página en que se haya publicado el figurín elegido.

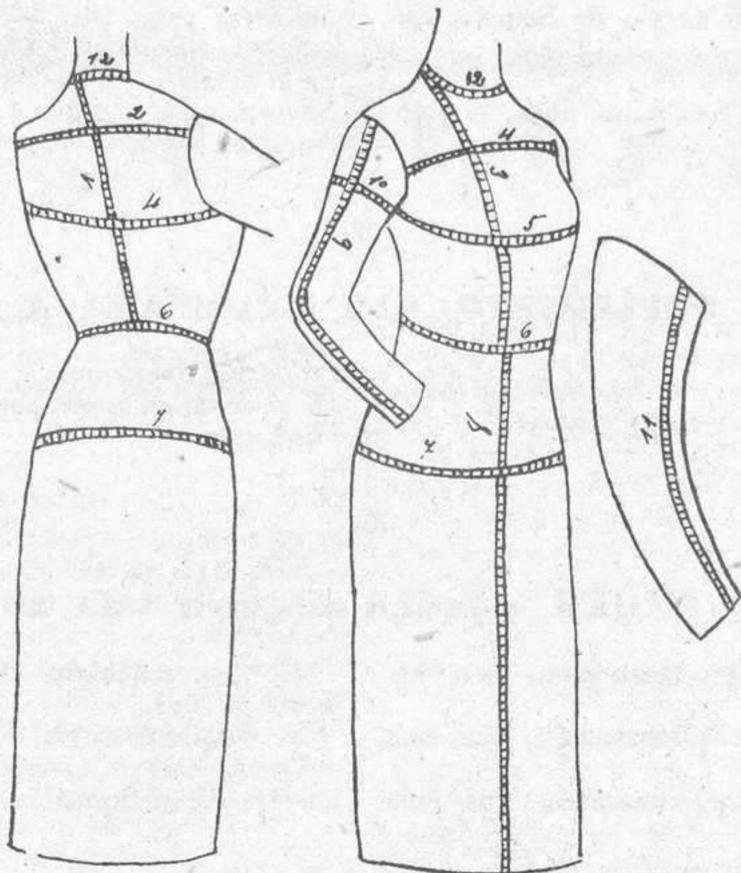
2.^a Reproducción de la primera línea del pie correspondiente a dicho figurín.

3.^a Las medidas de la persona para quien haya de ser el patrón. Estas medidas han de ser exactamente tomadas, según va indicado en esta misma página.

El importe del patrón, más 50 céntimos para gastos de envío y franqueo certificado, puede enviarse por Giro Postal o en sellos de Correos.

Los precios de los patrones son los siguientes:

	Pesetas.
Vestido de señora.....	2,75
Vestido de señora, complicado....	3,25
Traje de sastre completo (levita y falda).....	4,00
Levita.....	3,25
Falda.....	2,00
Blusa.....	2,00
Abrigo.....	4,00
Camisa de noche.....	2,00
Camisa de día.....	1,50
Pantalón.....	1,50
Combinación.....	2,00
Corsé o faja.....	2,75
Sostén.....	1,50
Vestido de niña.....	2,75
Abrigo.....	2,75
Traje de niño.....	2,75
Abrigo.....	3,00
Pantalón.....	1,50
Blusa.....	1,50



Toda la correspondencia relativa a esta sección debe dirigirse a Redacción de MUJER. (Sección de patrones.) Madrid. Apartado 447.

Manera de tomar las medidas.—Número 1. *Talle por detrás.* Como indica el dibujo.—Núm. 2. *Ancho de espalda.* A unos 10 centímetros del centro del cuello, y de un brazo a otro.—Núm. 3. *Talle por delante.* En la forma que indica el dibujo, anotando en esta medida el punto que roza en la parte más saliente del pecho.—Núm. 4. Todo alrededor del cuerpo, por debajo del brazo, y por encima del pecho, quedando el metro horizontal, tanto en el pecho como en la espalda.—Número 5. *Contorno de pecho.* Lo mismo que la anterior, sino por la parte más saliente del pecho y dando un centímetro más de lo justo.—Número 6. *Cintura.* Alrededor de la cintura y bien ajustada.—Núm. 7. *Cadera.* Alrededor de la cadera, por su parte más ancha.—Número 8. *Largo de falda.* De la cintura hasta donde se quiera que llegue.—Núm. 9. *Manga desde el hombro a la muñeca,* teniendo el brazo doblado y anotando el punto que roza con el codo.—Núm. 10. Alrededor del brazo, por su parte más ancha y añadiendo 3 ó 4 centímetros más.—Núm. 11. Desde el nacimiento de sobaco, a la muñeca, por delante, y teniendo el brazo bien estirado.—Núm. 12. Alrededor del cuello, por su parte más baja. Para vestido, se anotará la medida desde el hombro, a donde se quiera que sea de largo. Se recomienda especial cuidado en la exactitud de las medidas, porque de ello depende el buen éxito de los patrones.



Servicio de labores.—MUJER ofrece a todas sus lectoras un medio fácil y cómodo de reproducir cualquier labor cuyo grabado se haya publicado en sus páginas.

MUJER envía a cualquier lectora que lo desee las labores elegidas, empezadas y con todo el material necesario para su confección: tejidos, lanas, sedas, algodones, agujas, ganchillos, etc., etcétera, en condiciones económicas *excepcionalmente ventajosas.*

Para saber el precio de determinada labor (empezada y con todo su material correspondiente), la lectora no tiene más que escribir indicando las dimensiones que deberá tener la labor y la clase de materiales que desea emplear, incluyendo en la carta 50 céntimos en sellos, para gastos de envío y franqueo de la respuesta. A la mayor brevedad recibirá la contestación, y le bastará entonces con enviar por Giro Postal o en sellos el importe para recibir la labor empezada, con todo su material correspondiente.

Toda la correspondencia referente a esta sección deberá dirigirse a **Redacción de MUJER. Servicio de labores. Apartado 447, Madrid.**



Las comparaciones son odiosas... y por eso nosotros no pretendemos comparar MUJER con ninguna revista. Todas, como la nuestra y como todo en el mundo, tienen cosas buenas y cosas malas. Y el trabajo de todos es cosa, para nosotros, respetable y compatible con los demás.

Pero hay personas que se empeñan en comparar... y que comparan un poco a la ligera. Para ellas, y sólo para ellas, un ruego. Cuando estén irrevocablemente decididas a hacer la comparación, tomen en una mano los números publicados en un mes (aunque sólo tenga *cuatro miércoles*: marzo, junio, septiembre, diciembre tienen

este año *cinco*), y tomen en otra mano los números publicados por la revista con la cual se obstinen en comparar MUJER. Cuenten las páginas, **excluyendo anuncios**, que tienen los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y cuenten luego las que tienen los números que haya publicado en el mismo mes la revista de que se trate. Mucho mejor aún: cuenten el número de figurines, de dibujos, de grabados de nuestros cuatro (o cinco) números mensuales; cuenten luego los de los números mensuales de la otra revista que quieran comparar. Cuenten *sobre todo* las letras; el número de letras, **excluyendo anuncios**, que damos al mes y el que da la revista que hayan elegido para la comparación.

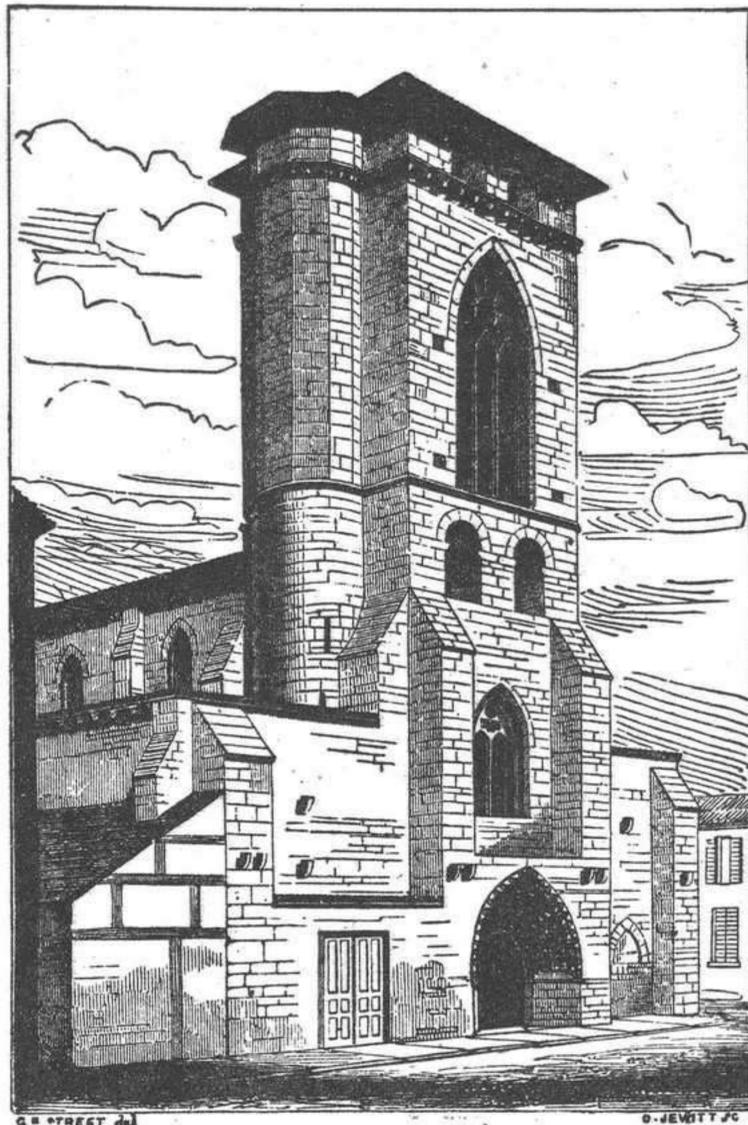
Y sobre todo, hagan una sencilla experiencia: tomen sucesivamente los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y los que en el mismo mes haya publicado la revista de que se trate. Léanse unos tras otros y compárese el tiempo que dure la lectura de éstos y aquéllos.

Después, anótese la cantidad de cosas diferentes, la cantidad de cosas interesantes, la cantidad de cosas útiles, la cantidad de ventajas que se encuentran en los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y en los números correspondientes de otra revista similar cualquiera. Después, compárense los precios respectivos y deduzca cada cual lo que proceda.



Regalos. Comunicaciones.—Todos los suscriptores de MUJER por un año tienen derecho —mientras no se anuncie lo contrario— al regalo de libros que se anunció en los primeros números de MUJER; pero precisamente **en las condiciones que allí se indican.** Las peticiones disconformes con ellas no se tendrán en cuenta. Los que no hayan hecho uso de este derecho pueden reclamarlo. Los que necesiten consultar algún punto relacionado con este regalo o con otro asunto cualquiera, deben enviar cincuenta céntimos para la contestación.

LA ARQUITECTURA GÓTICA EN ESPAÑA



LA OBRA DEL FAMOSO ARQUITECTO INGLES — GEORGE EDMUND STREET —

(Autor del Palacio de Justicia de Londres y de la restauración de la Catedral del Cristo de Dublín, que descuellan entre las que, en número increíble, levantó en toda Inglaterra.)

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL INGLES POR EL ARQUITECTO
DON ROMAN LOREDO

PROFESOR DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE MADRID

LUJOSO VOLUMEN

CON 570 PÁGINAS, 107 GRABADOS Y 95 LÁMINAS, ADMIRABLEMENTE IMPRESO SOBRE
PAPEL DE PRIMERA CALIDAD

45 pesetas.

Este libro se remite sin aumento de precio a cualquier punto de España o de América, con sólo pedirlo, acompañando su importe, a la

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., MADRID

Estos
cuatro
libros

forman uno de
los lotes que
regalamos a
nuestros
suscriptores



Hemos formado diez y nueve lotes con obras escogidas entre las más interesantes de las publicadas por la
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"

Hay, entre ellos, libros de todas clases. Cada suscriptor, por un año, puede elegir uno de esos lotes, cuyo valor oscila entre

12 y 20 pesetas,

y se lo entregamos

COMPLETAMENTE GRATIS

si lo recoge en persona en la Administración de «MUJER».

El que desee recibir el lote en su casa, puede escribir a la

Administración de "MUJER" :: Apartado 447 :: MADRID

solicitando el envío del lote, e incluyendo

dos pesetas cincuenta céntimos

para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.